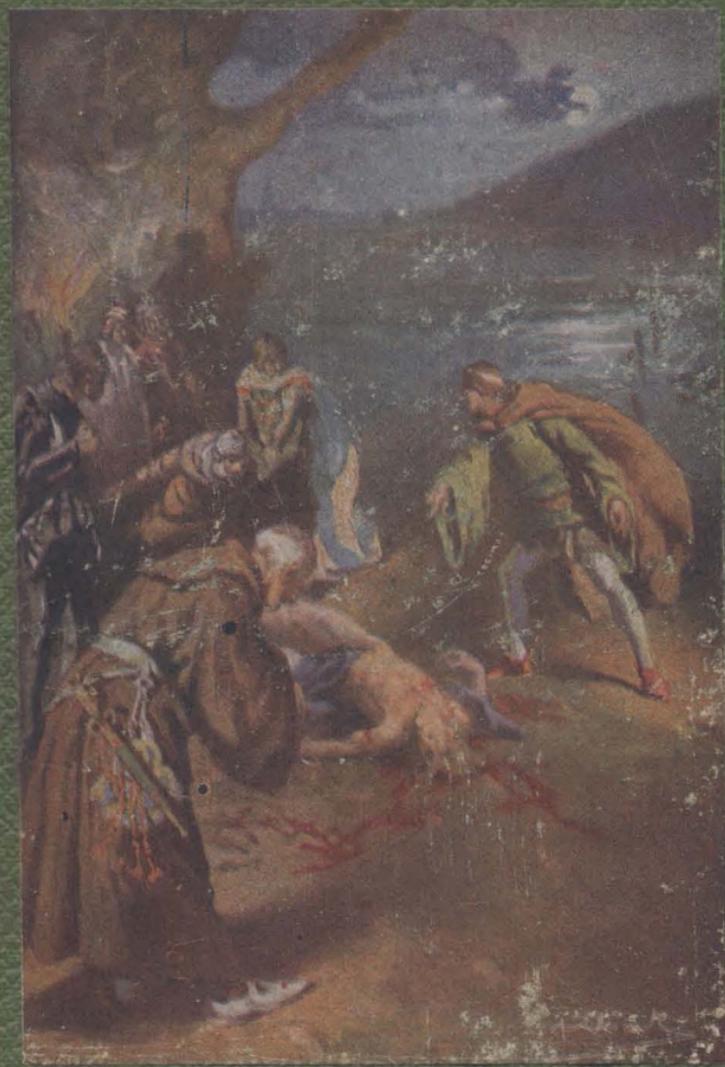
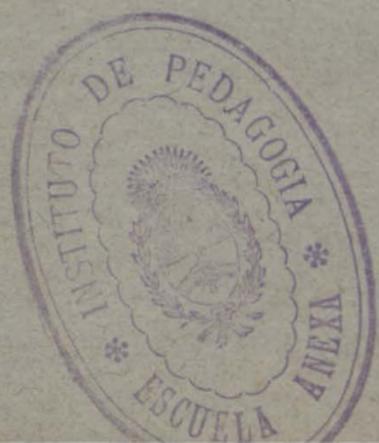


# EL GRAN CAPICAN



LOS GRANDES HOMBRES



EL GRAN CAPITÁN  
GONZALO DE CORDOBA

IMPRIMATUR

Fr. FRANCISCO ÁLVAREZ,  
*Prior Prov.*

NIHIL OBSTAT

Fr. IGNATIUS ACEBAL,  
*Censor*

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

---

NIHIL OBSTAT

*El Censor,*  
AGUSTÍN MÁS FOLCH

Barcelona, 15 de marzo 1924

IMPRÍMASE

*El Vicario General*  
FRANCISCO DE P. PARÉS

Por mandato de Su Sría.,  
Lic. SALVADOR CARRERAS, Pbro.  
*Scrío Canc.*

LOS GRANDES HECHOS DE  
LOS GRANDES HOMBRES

---

---

EL GRAN CAPITÁN  
GONZALO DE  
CÓRDOBA

SUS GLORIOSOS HECHOS  
NARRADOS A LA JUVENTUD

POR EL

P. CELSO GARCÍA  
(Agustino)

SEGUNDA EDICIÓN



PUBLICADO POR LA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

ES PROPIEDAD  
: DEL EDITOR :

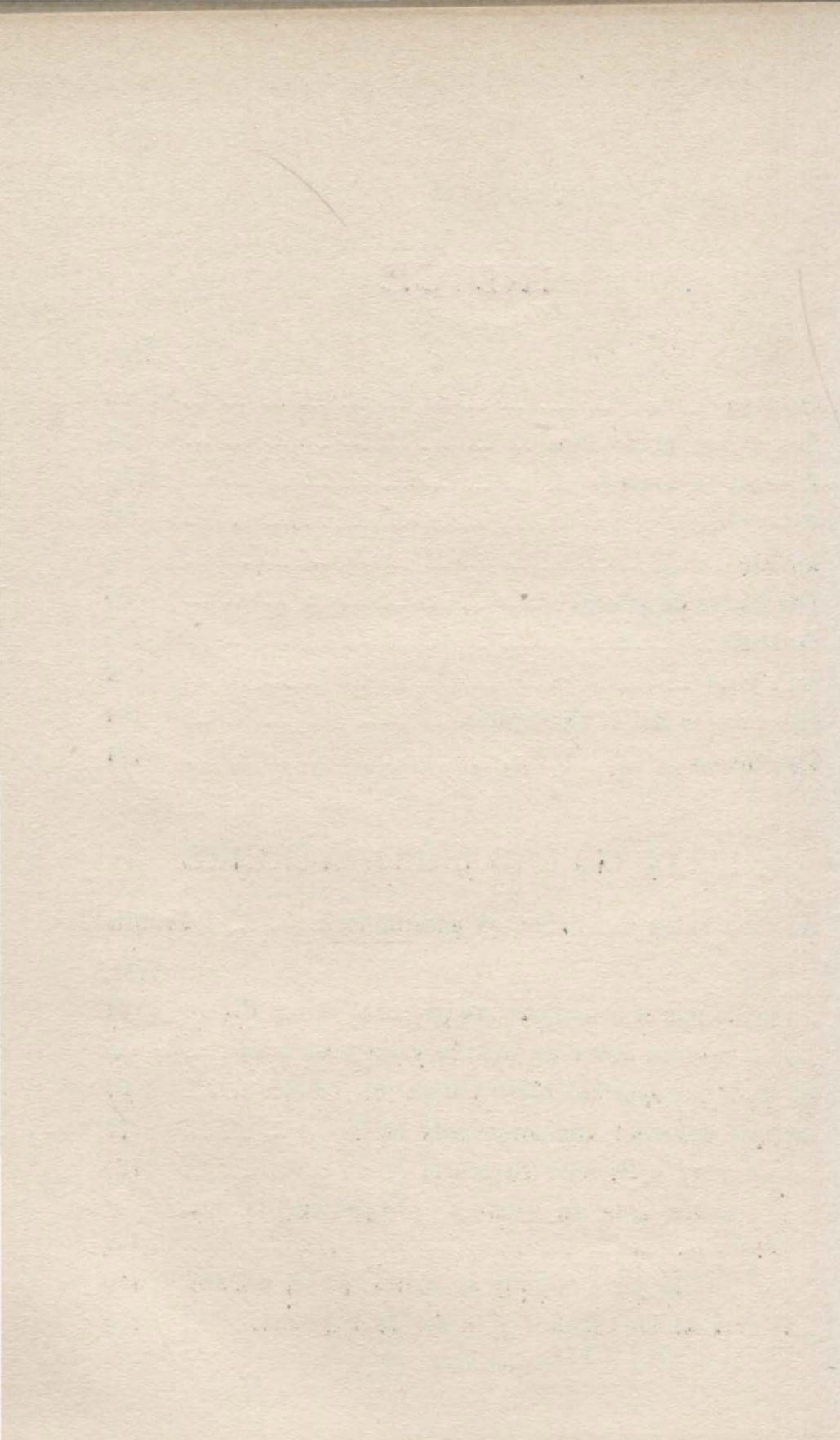
PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

## ÍNDICE

|                                     | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------|--------------|
| Prólogo ... ..                      | VII          |
| Los moros granadinos ... ..         | 11           |
| Expedición a Italia ... ..          | 30           |
| Cefalonia ... ..                    | 48           |
| Barleta ... ..                      | 65           |
| Los frutos de la constancia ... ..  | 85           |
| Ceriñola... ..                      | 105          |
| Garellano ... ..                    | 122          |
| Las cuentas del Gran Capitán ... .. | 144          |
| Conclusión ... ..                   | 164          |

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

|   |              |
|---|--------------|
| Salieron todos con hachones encendidos... ..                | Frontis      |
|   | <u>Págs.</u> |
| ...guiado por el confidente, se presentó al rey Chico.      | 21           |
| ...le montaron sobre un caballo viejo y matalón; ...        | 45           |
| Al otro día apareció ahorcado de un balcón ... ..           | 67           |
| Empezó entonces una sangrienta lucha ... ..                 | 79           |
| ...gritando: «¡España, España!» ... ..                      | 103          |
| ...y llegados ante un cadáver, completamente desnudo ... .. | 120          |
| ...y cogiendo un montante se metió por el puente.           | 139          |
| ...le asió de los cabellos y le dió de bofetadas... ..      | 155          |



## PRÓLOGO

*Queridos niños:*

*Con haber tantos y tan gloriosos capitanes en la historia de las naciones, ninguno de ellos mereció ser llamado por antonomasia el Gran Capitán sino el español Gonzalo Fernández de Córdoba. Y no le adjudicaron tan honroso título por haber manejado grandes ejércitos o haber conquistado extensos territorios, sino porque fué grande en la paz y en la guerra; grande en los sufrimientos y en las glorias; grande de espíritu y de corazón; porque supo llevar a cabo muy grandes hechos valiéndose de muy escasos recursos; y porque conservó siempre la fidelidad a su Rey, no obstante las alagadoras ofertas de otros príncipes y a pesar de que su*

*mismo Rey le relegó injustamente al oivido; fué en todo grande, y con razón se le llamó entonces y se le sigue y seguirá llamando el Gran Capitán.*

*Al leer la vida de esa colosal figura de nuestra patria, no sabemos en dónde admirar más a Gonzalo: Granada, Barleta, Ceriñola, Ostia, Cefalonia, el Garellano... nos recuerdan otros tantos triunfos de su política, de su constancia, de su valor y de su genio. Ganó todas las batallas que dió en su vida; y la única que perdió fué librada contra su voluntad. Era siempre el primero que entraba en la lid y el último que de ella salía, y jamás fué herido ni sufrió revés alguno. ¿Y qué pléyade más sobresaliente de capitanes y soldados no se formó en su escuela de hidalguía, de patriotismo y de caballeridad? El Mantuano, Cantalicio y otros vates intentaron cantar los esplendores que reflejan sus glorias; mas hasta el presente están depositadas con más dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.*

*A tales archivos y especialmente a las Crónicas acudí yo para haceros este breve resumen de unas campañas que muy holgadamente pueden llenar varios gruesos volúmenes. Adopto en lo posible el lenguaje y la ortografía actuales a fin de que podáis entender bien la lectura, porque no dudo que para algunos*

*de vosotros sería difícil saber hoy que la Chafalonia, la Chirinola y mos Nemos, por ejemplo, son Cefalonia, Ceriñola y el duque de Nemours.*

*No me detengo en hacer las aplicaciones morales y patrióticas que de los hechos del Gran Capitán se desprenden, porque cada cual las puede deducir según la inclinación y tendencia de su espíritu, fijándose ya en las virtudes cristianas del héroe, ya en la acendrada lealtad a su Rey, o bien en su generosidad, en su paciencia o en su valor. Porque debéis saber que cuando se lee un libro como éste no es sólo para deleitarse con los hechos y aventuras que encierran sus páginas sino, y más principalmente, para formar el alma y el corazón y aprovechar los altos ejemplos que nuestros mayores nos legaron. Si todos leyéramos con este laudable fin, nos engrandeceríamos a nosotros mismos, que es igual que engrandecer a nuestra madre España, pues no ignoráis que la grandeza de una nación no depende de la multitud de sus habitantes sino del valor de cada uno de ellos: un collar de finas perlas vale por muchísimas monedas de cobre.*

P. CELSO



## CAPITULO I

### LOS MOROS GRANADINOS



El nombre del Gran Capitán evoca en nosotros el recuerdo del más fecundo y brillante reinado de la historia patria. Las proezas de tan inmortal caudillo han llegado hasta nosotros en todo su esplendor, y la estela refulgente de sus gloriosos hechos no ha sido ofuscada por el correr de los años ni por las sombras del olvido.

«Gonzalo Fernández de Córdoba—dice Quintana—, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitán*, nació en

Montilla en 1453. Su padre fué don Pedro Fernández de Aguilar, rico—hombre de Castilla, que murió muy mozo ; y su madre doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enríquez. Dejaron estos señores dos hijos, don Alonso de Aguilar y Gonzalo.»

Alonso era el primogénito y el que heredó el mayorazgo y la hacienda. El amor que a su hermano profesaba no le permitió dejarle correr la triste suerte que corrían otros desvalidos huérfanos, al contrario, le proveyó con largueza y le envió a Córdoba para que allí se educase bajo la prudente y sabia dirección del caballero Diego Cárcamo, el cual, viendo que su discípulo no tenía bienes de fortuna, se esmeró en acumular sobre él un gran patrimonio de virtudes morales y cívicas. Gonzalo manifestó desde su niñez gran facilidad para recibir la buena semilla que en su alma iba depositando cuidadosamente el sabio preceptor. La generosidad, la grandeza de ánimo, el amor a la gloria, la gallardía en los movimientos y la fineza en los modales germinaban y se robustecían en él a medida que su cuerpo se desarrollaba sano y vigoroso.

Apenas don Diego vió que su discípulo aventajaba en las dotes del espíritu y del cuerpo a todos los jóvenes de su edad, lo envió a don Alonso de Carrillo, Arzobispo de Toledo, y a don Juan Pacheco, Maestre de Santiago, para que hiciesen mérito a sus prendas y viesen el modo de asentarle al servicio del príncipe don Alfonso. Todos quedaron prendados de las altas dotes del nuevo paje, que muy a gusto de ellos entró al servicio del príncipe y en él permaneció hasta la muerte del prócer.

La reina doña Isabel, adornada de admirable intuición para distinguir a los hombres de mérito, comprendió el extraordinario valor de Gonzalo y le llamó a Segovia, donde ella estaba a la sazón.

Gonzalo se presentó en la corte con un tren magnífico y deslumbrante, llamando la atención de los hidalgos por sus distinguidas formas, por el lujo de sus arreos, por la gallardía de sus movimientos, la vivacidad y prontitud de su ingenio y la liberalidad con que en todas partes se manifestaba.

A los pocos días de llegar a Segovia fué a

visitarle un doméstico de la Reina, llamado Covarrubias.

—Vengo de parte de mi señora—dijo el enviado—a comunicaros que se congratula de tener en su corte un caballero de tan altas prendas como vos sois y a rogaros que me digáis la gente que con vos traéis para señalarle larga y cumplida quitación.

—Yo, señor maestresala—respondió Gonzalo—, he venido aquí no por interés, sino por la esperanza de servir a Su Alteza, cuyas manos beso.

Apenas salió el maestresala, entró el ayo, que al enterarse de lo sucedido, exclamó :

—¿Pero, señor Gonzalo, no comprendéis que os faltan rentas para sostener tanto lujo? Vuestros muebles y vestidos, vuestra mesa y vuestro séquito suponen el capital de un príncipe. Con este tren sólo conseguiréis arruinaros y servir de burla a los mismos que hoy os halagan y aplauden.

—Es preciso dar nombre a la casa de Aguil- lar y hacer que sobresalga y se distinga entre todas—respondió el joven.

—No ignoráis que vuestro hermano os ordena que os sujetéis a las rentas, y que no

hagáis dispendios imposibles de satisfacer.

—Por lo que hace a mi hermano aquí le envió una carta al tenor siguiente : «No me quitaréis este deseo que me alienta de dar honor a nuestro nombre y de distinguirme, ni consentiréis que me falten los medios para conseguir estos deseos ni el cielo faltará tampoco a quien busca su elevación por tan laudables caminos. Me queréis mucho para negaros a mis justas demandas y ya sabéis muy bien que la fortuna es para dar esplendor y nombre a nuestro apellido, no para que se enmohezca en las arcas».

No había desfile, torneo ni fiesta en la corte en que no sobresaliese Gonzalo como principal ornamento de ella y llevando tras él los ojos y los aplausos de los nobles y del pueblo, que a una le aclamaban príncipe de la juventud.

Quiso por entonces el rey de Portugal apoderarse de Castilla, alegando los derechos de su esposa ; y fué preciso salir a escarmenarle. Se formó un ejército a las órdenes del Maestre de Santiago y marchó al encuentro de los portugueses. Gonzalo hizo en esta ocasión sus primeras armas, pasando a Trujillo

al frente de las tropas de su hermano Alonso. La misma valentía y la misma intrepidez que había demostrado en las justas y juegos de cañas las demostró en los combates. El mismo lujo e igual ornato desplegaba en la guerra que en la paz. Los otros nobles, en los días de acción, procuraban que ni en los arreos ni en el porte los distinguiese el enemigo de los demás combatientes; pero Gonzalo se adornaba de vistosas plumas en la cimera de su yelmo, y de púrpura y deslumbrante seda sobre la coraza, para que le distinguiesen bien los suyos y los contrarios, para servir de emulación y para que todos supiesen dónde combatía.

El día de la batalla de Albuera fué un día de gloria para Gonzalo. Al frente de los suyos acometió con denuedo a los portugueses, esparciendo el terror y la muerte doquiera que llegaba montado en su corcel. En los sitios de más peligro y donde más enconada era la lucha, allí se veía ondear el vistoso penacho de nuestro héroe. Fué el primero que entró en la lid, y el último que se retiró de ella, después de ganar cumplida victoria.

Aquella noche no se hablaba en el campa-

mento más que de la valentía de Gonzalo, de su arrojo, del empuje de su lanza y de la majestad y el porte de su persona, y al día siguiente, después de una junta de jefes, en la que se distinguió por su genio estratégico y por la precisión y elegancia de la frase, le dijo con afable sonrisa el gran Maestro de Santiago :

—No habéis parecido hoy, señor Gonzalo Fernández, menos bien en vuestro hablar que ayer en el pelear.

Acabada felizmente la guerra con los portugueses, los Reyes Católicos volvieron su atención a los moros granadinos, que habían tenido la imprudencia de acometer a los cristianos en plena paz y tomarles la villa de Zahara. En todas partes se protestó contra tamaña villanía y de todas las regiones acudieron hidalgos y plebeyos, ansiosos de vengar la afrenta militando a la sombra de los pendones de la Cruz. Habiéndose extendido la voz de que Gonzalo era tan valiente como liberal, y tan amable para los suyos como terrible para los enemigos, multitud de soldados corrieron a alistarse en sus filas ; pero él «escogió ciento veinte lanzas, que era el

mayor número de aquel tiempo», procurando que todos sus hombres se asemejasen a él en las buenas costumbres, en el valor y en el empuje de su brazo.

Durante los diez años que entonces hubo de lucha contra los moros apenas se acometió empresa alguna memorable en la que no interviniese con los suyos. Jamás le faltó gente pronta a seguirle ; jamás se le frustró ningún plan ni le falló ardid alguno. Sabía esto muy bien el rey don Fernando, por lo que solía encomendarle las acciones más arduas y arriesgadas.

Hallándose ya los cristianos en Tajara, se presentó allí el Rey, llamó a Gonzalo y le dijo :

—Ya veis, señor Gonzalo Fernández, que no hay seguridad alguna en este pueblo de Tajara mientras nos dominan los moros desde esa fortaleza próxima : es preciso tomarla.

—¿ Cuándo deseáis que esté en vuestro poder ?

—Cuando sea posible. Ya comprendo que está muy bien guarnecida y tiene muy difícil acceso.

—Hoy mismo será vuestra—dijo Gonzalo con decisión.

—Buscad la gente que necesitéis—prosiguió el Rey—, formalizad el asedio y asáladla cuando lo creáis conveniente. No hay aquí tropas capaces de tomarla en un día ; si la tomáis en quince, me daré por satisfecho.

Gonzalo salió de la estancia regia, reunió inmediatamente las tropas que en distintos puntos vivaqueaban, se puso al frente de ellas, las arengó, y marchando él delante, subieron todos con tanto denuedo y orden hacia el fuerte, que los moros viéndose atacados tan de improviso y no sabiendo adónde acudir para remediarse, comenzaron a retroceder despavoridos y no tardaron en ver sus almenas coronadas por los nuestros. Levantaron los musulmanes la bandera de parlamento, y Gonzalo les concedió la vida y algunas otras ventajas honrosas ; guarneció bien la fortaleza y descendió triunfalmente con los suyos, llegando a la presencia del Rey, al que entregó, rodilla en tierra, las llaves de la nueva conquista.

Algún tiempo después se acometió la conquista de Loja. Señalóse Gonzalo entre los

más valientes, llevando a sangre y fuego los arrabales. El rey Boabdil, que dirigía en persona la defensa de la plaza, se encerró en la fortaleza y no se decidía a capitular, temiendo los rigores del vencedor ; mas como estimaba a Gonzalo, por los obsequios que de él había recibido durante su cautiverio, le envió un confidente invitándole a una entrevista y participándole que sin recelo alguno podía subir al castillo para conferenciar allí los dos. Gonzalo, sin perder tiempo, se presentó al Rey pidiéndole licencia para atravesar el campamento moro e ir a entrevistarse con Boabdil. Don Fernando y los nobles que le acompañaban trataron de disuadirle.

—Temo que sea un ardid para prenderos— dijo el Rey.

—Desconfiad, Gonzalo—añadió un gentil-hombre—, que vais a caer en la celada.

—Boabdil, aunque moro, tiene palabra de rey—replicó Gonzalo.

—Yo os prevengo del peligro, vos proceded como os dicte vuestra prudencia—observó don Fernando.

—Pues el rey de Granada me llama para que le remedie por este camino, el miedo no



...guiado por el confidente, se presentó al rey Chico.



me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal empresa—añadió el héroe con valentía.

Llegada la noche, subió Gonzalo a la fortaleza, guiado por el confidente, se presentó al rey Chico y tan discretas y poderosas razones le puso ante los ojos y tan bien le supo convencer de la benignidad con que sería tratado por el rey de Castilla que Boabdil no dudó en entregar la plaza y someterse a don Fernando, que le dejó marchar libremente a sus tierras de Vera y Almería.

Prosiguieron los castellanos su marcha triunfal acercándose a Granada, corazón del reino moro; mas la inexpugnable y bien guarnecida fortaleza de Illora, llamada «el ojo derecho de Granada» impedía a los nuestros acercarse a la capital y los mantenía en continua alarma por las rápidas y atrevidas incursiones que desde ella hacían los moros, retirándose luego con su botín a la fortaleza. Era, pues, necesario tomar a Illora no sólo para ahuyentar de allí al enemigo sino también para dominar la vega granadina. Los Reyes Católicos volvieron los ojos a Gonzalo para que realizase tan ardua comi-

sión. Apenas se supo en los campamentos quién era el capitán que iba a emprender la conquista de Illora, miles de soldados corrieron a alistarse a las órdenes de Gonzalo, porque todos estaban convencidos de que la llevaría a feliz término con su estrategia y valentía y eran ya proverbiales la esplendidez de su bolsa y la afabilidad de su trato.

Escogida la gente necesaria para aquella facción, puso el ilustre capitán sitio a Illora, y tras varias tentativas, que sirvieron para caldear el ánimo de sus gentes y para encenderlas en el ansia de acabar pronto aquella empresa, ordenó un día el asalto general, realizado con tal arte y empuje que no tardaron los nuestros en escalar lo alto de los muros y en ahuyentar a los enemigos, obligándolos a capitular. Al día siguiente los moros de Illora salían en pelotones, tristes y cabizbajos, a refugiarse en Granada, mientras Gonzalo guarnecía su nueva y ventajosa posición.

No tardó en recibir una misiva de la Reina, felicitándole por su comportamiento y participándole que al día siguiente iría allá con el Rey a oír misa. Gonzalo, en el poco

tiempo de que disponía, organizó con gran lujo y fastuosidad el recibimiento de sus Monarcas ; y éstos al entrar en Illora, quedaron admirados al ver el orden y la disciplina que allí reinaban y lo bien organizada que tenía ya Gonzalo la defensa de la villa, no oyendo por doquiera más que alabanzas al valiente conquistador. Tan complacidos quedaron los regios visitantes, que después de oír misa y al partir de allí, se volvió la Reina hacia el cortejo que la seguía y dijo en alta voz, dirigiéndose a Gonzalo :

—Señor Gonzalo Fernández, marchó altamente complacida de vuestra conducta. Desde hoy os encomiendo la tenencia de la villa y fortaleza de Illora.

El nuevo gobernador fué desde entonces una terrible pesadilla para los moros de Granada ; haciendo continuas excursiones, talando los campos, destruyendo los caseríos, interceptando los víveres, quemando alquerías y sembrando la devastación y el terror hasta las mismas puertas de la ciudad.

Los moros entre tanto, cegados con sus sangrientas luchas intestinas, iban perdiendo una tras otra todas las plazas del reino,

quedando reducidos a sola la capital, que los nuestros sitiaron con todas sus fuerzas unidas y dispuestos a exterminar de una vez la dominación musulmana.

Acaeció por entonces que se quemó la tienda de la Reina con todo lo que contenía, incendio casual que produjo gran alarma y pesadumbre. Gonzalo, dejándose de lamentaciones estériles y mirando a lo que convenía, envió a Illora un propio a fin de que con toda la celeridad posible trajese la recámara de su esposa doña María Manrique. La señora de Gonzalo envió inmediatamente muchas y muy buenas camas, rica tapicería y ropas de fino lienzo para la Reina, las infantas y las damas. Tanto agradeció doña Isabel este rasgo de generosidad y atención que escribió a doña María dándole las gracias; y cuando por la noche volvió Gonzalo de recorrer el campamento y de dejarle bien tranquilo y vigilado, le dijo la Reina:

—Sabed, Gonzalo Fernández, que alcanzó el fuego de mi cámara a vuestra casa; que vuestra mujer más y mejor me envió que se me quemó.

—Señora—respondió él cortésmente—to-

do es poco y de escaso valor para ser presentado a tan gran Reina.

Quiso un día doña Isabel acompañar a su esposo don Fernando que salía a hacer una tala por la vega con lo más florido de sus guerreros. No tardaron los moros en saber que la egregia dama iba entre los exploradores ; corrieron la voz y acudieron cientos y cientos de musulmanes ansiosos de apoderarse de tan codiciada presa. Asaltaron a los nuestros con toda la rabia y el empuje de que fueron capaces ; pero los cristianos, más celosos entonces que nunca de su honra y animados con la presencia de su idolatrada Isabel, como si se sintiesen con centuplicado valor, hicieron un terrible escarmiento entre los enemigos que viéndose arrollados, huyeron a refugiarse unos en la ciudad y otros en las fragosidades del monte. Los cristianos dieron a aquella acción el nombre de *el día de la Reina*.

Muchos nobles, no satisfechos aún con la victoria de la mañana, salieron después del mediodía a emboscarse detrás de unas tapias y esperar allí a que saliesen los enemigos en busca de los cadáveres que cubrían el suelo. Iban en esta facción el Conde de Ureña, el Comendador de Calatrava y los dos herma-

nos Alonso y Gonzalo, todos con sus respectivas tropas. Descubrieron los moros la celada y, ansiosos de vengarse, salieron en gran número y por distintos sitios contra los nuestros; inundaron la vega para que se enfangasen peones y caballos, y atacaron con gran ferocidad queriendo resarcirse de la derrota anterior. Los cristianos empezaron a desbandarse, retrocediendo ante el agua y el enemigo que por todas partes los rodeaban. Gonzalo entonces se colocó sobre el estrecho pasadizo de una acequia y desde allí hizo gran carnicería, pues cuantos más enemigos le asaltaban más caían a sus pies. Los moros acometían mal ordenados y sin más disciplina que la que les dictaba el odio, por lo cual Gonzalo decía a grandes voces:

—Gocemos hoy todos los caballeros del error de nuestros enemigos que tan descaudillados vienen, y aprovechemos esta magnífica ocasión de luchar en primera línea y con desahogo, ya que se rezagan nuestros peones.

El heroico esfuerzo de los nobles no tardó en reanimar el decaído espíritu de los soldados que acudieron a la pelea y terminaron por perseguir al enemigo, acuchillándole a su sabor.

Estas continuas escaramuzas, las guerras intestinas, la falta de bastimentos y el exceso de habitantes dentro de la plaza, decidió a los moros a entablar negociaciones de capitulación. A este fin el rey Chico, que apreciaba mucho a Gonzalo, le citó para que fuese una noche a Granada para acordar la entrega. Trajo esta comisión un moro confidente de ambos. Los Reyes Católicos temían una celada y decidieron buscar otro jefe que gozase de la confianza de moros y cristianos; pero no encontraron quien reuniese mejores condiciones que Gonzalo, al que rehusaban enviar, temiendo por su vida. Entonces éste se levantó en medio de la asamblea en la que este punto se discutía y dijo:

—Señores, yo iré con el espía Holeylas a la puerta del Nexte, donde dice el rey moro que hallaré a Muley el cual me guiará a la Alhambra.

—No vayáis, señor Gonzalo Fernández—objetó el Rey Católico—, porque no es de fiar el moro. Ya veis que envié allá a Fernando de Zafra y nada sabemos de él; es muy creíble que lo hayan muerto.

—Poderosos señores—contestó Gonza-

lo—, cuando el hombre ha de mostrar su virtud y su valor en servicio de los reyes no debe temer el trabajo presente ni recelar el daño futuro. Con la ayuda de Dios, iré esta noche con Holeylas al lugar por el Rey señalado. Por ende, Vuestra Alteza mande hacer memorial de lo que con el Rey ha de asentarse.

—Ya que tan arriesgado os mostráis, señor Gonzalo Fernández, vos llevaréis mi comisión, y que el Dios del cielo os guíe—terminó diciendo don Fernando.

A media noche, «con ánimo enhiesto y sin que ningún peligro le apasionase» salió Gonzalo del real en compañía de Holeylas y, esquivando las guardias, ambos se deslizaron sin que nadie los sintiese hasta el sitio convenido, donde los recibió Muley y los acompañó a la Alhambra, penetrando en ella cuando ya rayaba el día. Allí encontró nuestro capitán al rey Chico con dos alfaquíes y el secretario Fernando de Zafra. Pasaron el día en negociaciones, y por la noche volvió Gonzalo a su real con el mismo peligro y las mismas dificultades con que había cruzado antes la vega. Varias veces hizo tan arriesgada excursión, hasta que terminó de arre-

glar todos los puntos que comprendía la entrega de la plaza.

Boabdil, en virtud de su amistad con Gonzalo, pudo conseguir una capitulación bastante honrosa, y el 2 de enero de 1492 entregó a los Reyes Católicos las llaves del último baluarte que los mahometanos tenían en nuestra Península.

Don Fernando y doña Isabel supieron premiar los buenos servicios de Gonzalo otorgándole una hermosa alquería con muchas y muy fértiles tierras y cediéndole parte de un tributo que el Rey percibía en la contratación de la seda. Mas con todo esto, Gonzalo continuó siguiendo a la corte y siendo el principal ornato de ella. Los Reyes le distinguían y apreciaban en tanto grado que de su valor y su consejo se servían en los asuntos más espinosos y en las más arduas empresas.

## CAPITULO II

## EXPEDICIÓN A ITALIA



La desmesurada ambición del rey Carlos VIII de Francia, la inexperiencia de su edad juvenil y las lisonjas de sus cortesanos le animaron a acceder a las instancias de Luis Esforcia, gobernador del Milanesado, que le rogaba fuese a conquistar el reino de Nápoles. El rey francés reunió un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, y se internó en Italia sin que ningún Estado le hiciese formal resistencia, porque todos estaban desunidos y mal armados.

El paso del invasor fué una verdadera marcha triunfal hasta el reino de Nápoles ; mas no tardó en hacerse odioso por su imprudencia, su despotismo y su libertinaje.

Los Estados de Italia reaccionaron entonces, uniéndose para expulsar al enemigo común, y solicitando el apoyo del emperador Maximiliano y del rey de España. Este, que temía por la seguridad de sus Estados de Sicilia, al saber que los franceses marchaban sobre Nápoles, aparejó en Alicante una armada a las órdenes de Requeséns y concedió el mando de las tropas de desembarco a Gonzalo de Córdoba. Así que se supo el nombre del capitán que había de dirigir las operaciones, de todas partes y en gran número acudieron jefes y soldados dispuestos a servir en la próxima campaña, reuniéndose pronto un ejército de cinco mil infantes y seiscientos caballos que salió de Málaga con rumbo a Sicilia.

Antes de romper con los franceses, intentó el rey Fernando agotar los medios de su política, a cuyo fin envió los embajadores Juan de Albión y Alonso de Fonseca a Carlos VIII haciéndole saber la ofensa que ha-

cía a la cristiandad destronando al Papa y usurpando el reino de Nápoles a su legítimo rey Fernando II, en quien acababa de renunciar la corona su padre Alfonso II. Pero el francés respondió muy orgulloso a nuestros embajadores :

—Decid a vuestro Rey que ya estoy demasiado adelante en mi conquista, para pensar en retroceder. Y en cuanto a mis derechos al trono de Nápoles ya ventilaremos ese asunto luego que tome posesión del reino.

—Pues que así lo queréis,—dijo con energía Fonseca—en manos de Dios ponemos nuestra causa, y las armas decidirán.

Y sacando un pliego que contenía el tratado original de paz y concordia entre España y Francia, lo rasgó e hizo pedazos en presencia del Rey y de su Consejo.

No dejó de intimidar esta actitud a Carlos VIII ; mas con todo esto partió a coronarse rey de Nápoles, haciendo huir a Alfonso y a su hijo Fernando II a refugiarse en Sicilia.

Los franceses, que cada día se hacían más odiosos al pueblo, no tardaron en comprender su difícil posición y en saber la fuerte liga que contra ellos se formaba. El rey Car-

los cometi6 entonces el grave yerro de retirarse a su naci6n con la mitad de su gente, dejando en Nápoles de Virrey al duque de Montpensier, y de capitán de las tropas que all quedaban al señor de Aubigny, valeroso y experto militar de origen escocés.

A los cuatro días de haber salido de Nápoles el rey de Francia, lleg6 al puerto de Messina, en Sicilia, la armada española. Como la travesía había sido muy mala y habían padecido mucho en ella los hombres y los caballos, se dieron a todos algunos días para descansar y fortalecerse.

Gonzalo se entrevist6 con los dos monarcas desposeídos de Nápoles ; celebraron consejo y dispusieron inmediatamente un plan de campaa, alentados por la retirada del rey francés, la favorable disposici6n de los pueblos y el auxilio de la nueva liga.

Embarc6se la gente en las naves de Requesns y se dirigi6 a Regio. Tal era el entusiasmo que manifestaban los españoles por acreditarse y luchar contra los franceses, que apenas saltaron a tierra formaron sus escuadrones, se dirigieron contra la plaza de Regio y la tomaron al primer asalto. Tras

esta rápida y brillante acción, siguieron otras muy felices, que los hicieron dueños de varias ciudades de la provincia de Calabria, donde se los recibió como a libertadores.

El francés Aubigny, asustado ante el empuje de los nuestros, reunió todas sus fuerzas y les presentó combate cerca de Seminara. Gonzalo no le quería aceptar, porque no tenía confianza en el ejército siciliano y porque sus españoles eran pocos y mal armados con reducido número de caballería pesada que no se podía medir con los veteranos gendarmes franceses ni arrostrar el avance de los temibles suizos, armados de largas picas. Empeñóse no obstante Fernando de Nápoles en aceptar la batalla, ansioso de acreditar su valor y de ganarse las simpatías del pueblo. Cedió Gonzalo a sus pretensiones, y marcharon unidos contra los franceses, trabándose una sangrienta lucha en la que por ambas partes se peleaba con furor y encarnizamiento. En lo más crítico de ella, hicieron los españoles una hábil maniobra a la que estaban acostumbrados en sus guerras con los moros; mas los sicilianos no comprendiéndola o interpretándola mal, empe-

zaron por retroceder y terminaron por darse a la fuga, a despecho de su Rey que, con la palabra y el ejemplo, los trataba de alentar y a pesar de que veían a los nuestros mantenerse firmes. Al fin tuvieron que dejar el campo a los franceses y retirarse derrotados a Seminara. Fué esta la primera y única acción en que Gonzalo dejó de salir victorioso y como se dió contra su parecer y consejo, no sólo no disminuyó su prestigio militar sino que lo acrecentó. Fernando fué con su gente a Sicilia en las naves españolas, y desde allí pasó a Nápoles cuyos habitantes le entregaron la plaza. Gonzalo de Córdoba, a su vez, se hizo fuerte en Regio, donde reorganizó las tropas, llegando a reunir tres mil infantes y mil quinientos caballos. Con tan exiguo ejército se propuso conquistar toda la Calabria, arrancando a los franceses ciudad por ciudad y castillo por castillo.

Salió animoso a campaña, y desarrolló la estrategia que había empleado contra los moros granadinos y en la que estaban muy prácticos los españoles. Los franceses, desorientados por las rápidas incursiones de los nuestros, por sus repentinos golpes, sus fugaces

retiradas y su continua movilidad, a la que se prestaba aquel terreno montuoso y muy semejante al de las Alpujarras, no sabían adónde atender ni apenas veían enemigo a quién atacar e iban perdiendo una tras otra todas las posiciones que en Calabria tenían. La política de Gonzalo era tratar con dulzura a los pueblos que se le sometían, y hacer terrible escarmiento en los que le ofrecían resistencia. En virtud de esta política, pasó a cuchillo a varias guarniciones francesas, y más de una vez se apoderó de las plazas con sólo intimarles la rendición; tal era el pánico que invadía a sus enemigos al verle aproximarse a sus puertas.

Cuando estaba ya para concluir la sumisión de Calabria, fué requerido con insistencia por el rey Fernando para que fuese a Ate-la, donde tenía bloqueado al duque de Montpensier, aunque no se atrevía a darle la batalla hasta que llegase el jefe español. Este, por no desairar al rey destronado, confió a sus capitanes las conquistas hechas, escogió cuatrocientos caballos ligeros, setenta hombres de armas y mil peones, y se puso en camino para llegar a donde se le reclamaba.

El país que debía atravesar era quebrado y montuoso, las plazas fuertes del tránsito se hallaban ocupadas por los enemigos, y los pueblos de la serranía odiaban a los nuestros. Nada arredró a Gonzalo ni intimidó a sus valientes; marchaban peleando precedidos del terror que inspiraban sus hazañas y seguidos del triunfo. Los habitantes de los montes, que, fiados en la fragosidad del terreno acudían a interceptarles el paso o a tenderles celadas, fueron terriblemente escarmentados; los franceses que salían de sus fortalezas para destruirlos, volvían a ellas maltrechos o perdían su refugio. Aquellos españoles, electrizados por el ejemplo de su capitán, no retrocedían un paso ni perdían una acción ni conocían la fatiga. En un solo día dieron tres asaltos a Cosencia, que se tuvo que rendir, no obstante su descansada y numerosa guarnición.

Apenas los confederados que sitiaban al duque de Montpensier vieron acercarse a las mal vestidas y mal alimentadas, pero siempre victoriosas y valientes fuerzas españolas, salieron a recibirlas en triunfo, precedidos del mismo Rey, del legado del Papa y del mar-

qués de Mantua, jefe de las tropas de Venecia. Todos, espontáneamente, empezaron a apellidar desde entonces a Gonzalo *el Gran Capitán*. Con su presencia revivieron los ánimos y se afirmaron las voluntades; su autoridad, sus consejos y su prudencia no tardaron en imponerse a todos, y nadie reconocía más autoridad suprema que la del Gran Capitán.

Tan animosos se sintieron los sitiadores con la llegada del nuevo refuerzo que presentaron inmediatamente la batalla al enemigo, el cual no quiso aceptarla. Viendo el Gran Capitán que sus aliados tenían bien organizado el sitio, quiso aquel mismo día demostrar el valor y la destreza de las tropas que le acompañaban. Solían los sitiados proveerse de agua en un riachuelo próximo a los muros de Atela, donde había unos molinos que surtían de harina a los franceses. Marchó allá Gonzalo con su gente, apostó cerca del río su caballería dividida en dos cuerpos a fin de proteger a los infantes y esperó al enemigo. Los franceses, que vieron el atrevido plan de los españoles, salieron en busca de agua y harina bien escoltados por un

aguerrido cuerpo de piqueros suizos y otro de arqueros gascones.

Cuando el Gran Capitán juzgó que era el momento oportuno, se irguió ante sus valientes y gritó «¡España, y a ellos!» lanzándose el primero al combate, según costumbre. Los arqueros, que no estaban acostumbrados a ver tanto arrojo, apenas pudieron hacer uso de sus armas y huyeron desordenadamente; los temibles suizos resistieron algunos instantes; mas no tardaron en comprender que se las habían con soldados de acero que no tardarían en acabar con todos si no se retiraban, como así lo tuvieron que hacer, acudiendo a refugiarse en los muros de la villa, dejando a los nuestros en posesión del río y de los molinos que destruyeron inmediatamente.

Desde entonces no descansó Gonzalo un momento, menudeando las sorpresas y los combates y apoderándose a los pocos días de la fortaleza de Ripa-Cándida, con lo cual terminó de cortar a los sitiados las comunicaciones y la entrada de socorros, obligándolos a capitular. El duque de Montpensier se comprometió a entregar aquella plaza con

otras muchas, si en el espacio de treinta días no le venía socorro de su nación. Como llegado el plazo, nadie acudió en ayuda de la villa de Atela, se rindió esta posición con algunas otras ; mas no faltaron posiciones que se negaron a entregarse, alegando que no lo harían sin orden expresa de su Rey ; esta negativa dió lugar a que los españoles trataran a los ya sometidos como prisioneros.

Después de rendida Atela, el Gran Capitán volvió presurosamente a Calabria, donde el astuto Aubigny había vuelto a conquistar casi todas las plazas perdidas. Tan pronto como llegó Gonzalo hizo resurgir el espíritu de las multitudes, y de todas partes acudieron soldados a alistarse en sus banderas e inscribirse en sus filas, haciendo alarde de servirle sin sueldo, y tan sólo por ansias de honra y por la fama de su mágico nombre. Cuando reanudó su ofensiva, muchas plazas se le entregaban sin defenderse, y otras le llamaban para entregarle las llaves. Viendo entonces Aubigny que se le trocaba la fortuna, escribió a Gonzalo diciendo que contravenía a las cláusulas pactadas en Atela, a lo que Gonzalo contestó :

—Los primeros en romperlas han sido los franceses y en especial vos, que habéis salido a ocupar mis conquistas ; desde ahora decidirán las armas, y no el tratado de Atela.

Aubigny comprendió que le era imposible luchar contra caudillo tan experto, y tuvo por conveniente abandonar la Calabria, a la que en muy pocos días terminó de someter Gonzalo.

Dice el cronista Hernán Pérez, que, pacificado el reino de Nápoles, «el Gran Capitán fué a esparcirse a Roma, a ver lo nuevo que allí había y a besar los pies del Romano Pontífice» ; pero realmente fué llamado por el mismo Papa, que, oyendo en todas partes ensalzar el nombre del jefe español, determinó servirse de él para recuperar la plaza de Ostia que se mantenía independiente, sostenida por una guarnición francesa a las órdenes del terrible corsario vizcaíno Menaldo Guerrri.

Gonzalo acudió presuroso desde Gaeta al llamamiento del Jefe supremo del orbe católico.

—Conozco vuestro gran espíritu cristiano, el empuje de vuestra lanza y el prestigio de

vuestro nombre—le dijo el Papa—y he puesto en vos los ojos para que desalojéis al tigre Menaldo de su caverna.

—Santísimo Padre—respondió Gonzalo—, en Italia hay capitanes de más alcurnia, y soldados más aguerridos que puedan llevar esta empresa a feliz término.

—Nadie se atreve a acometerla, y todos dicen que vos sois el único capaz de darle gloriosa cima.

—Mi vida y la de todas mis gentes están a vuestras órdenes; o triunfamos o morimos todos en la demanda. ¿Le habéis hecho alguna proposición?

—Le hice varias, y a todas contesta con desprecio; ni la excomunió le intimida. Sólo se vendrá a partido por la fuerza de las armas.

—¿Y no hay modo alguno de que las embarcaciones burlen su vigilancia y suban con sus bastimentos por el Tíber?

—Estamos bloqueados y reducidos al mayor aprieto. Los mercaderes españoles y genoveses no se acercan a Ostia por temor al corsario. Cualquiera embarcación que intente subir el río es echada a pique si no atraca al

puerto de Ostia y si no se deja saquear y robar.

—Yo expulsaré al tigre de su guarida ; y vivo o muerto aquí le tendréis dentro de una semana—dijo Gonzalo con decisión.

—Si eso conseguís mereceréis los más entusiastas plácemes de vuestro soberano espiritual y temporal, y este pueblo os recibirá en triunfo como a su libertador—terminó diciendo el Romano Pontífice.

Gonzalo organizó sus huestes con diligente solicitud, y entre la expectación de los romanos se dirigió a sitiar a Ostia. Antes de empezar el asalto, envió al rebelde un embajador ofreciéndole honrosas condiciones de paz. Guerri despreció a Gonzalo y a los suyos, contestándole con arrogancia :

—No ha nacido aún en Castilla jefe capaz de escalar mi inexpugnable fortaleza. Los que intenten el asalto servirán de cebo a los peces del Tíber y a las fieras de los bosques. Me sobran gente y valor para resistir hasta que vengan a socorrerme los franceses.

Gonzalo no se intimidó por tan descomedida respuesta. Formalizó el sitio, mandó hacer algunas escaramuzas, y cuando lo tuvo

todo dispuesto para el ataque definitivo, reunió a los jefes, oyó sus consejos, dió las necesarias órdenes y salió a dirigir una corta y vibrante arenga a los soldados, infundiéndoles el espíritu y la confianza que él tenía.

Empezaron a tronar los cañones, que abrieron en el muro una gran brecha por la que los nuestros simularon un asalto para atraer allí a los defensores de la plaza. Entonces el Gran Capitán acometió sigilosamente con su infantería por el lado opuesto, apellidando: «¡ España, España !» y logró escalar la cima de las almenas, con cuya inesperada acometida desorientó al enemigo, que viéndose entre dos fuegos comenzó a desordenarse y ceder. Los españoles asaltaron la fortaleza por todas partes, llevando el estrago y la muerte en la punta de sus espadas. Menaldo veía perecer uno tras otro a sus mejores guerreros, y comprendiendo que la resistencia le acarrearía el exterminio, se decidió a parlamentar a condición de que le perdonasen la vida. Gonzalo se la concedió generosamente y mandó cesar la matanza, permitiendo a los suyos que entrasen a saco en las casas de los



...le montaron sobre un caballo viejo y matalón ;



franceses y de los enemigos del Romano Pontífice.

Encadenaron al terrible y feroz Guerri y le montaron sobre un caballo viejo y mata-lón ; aseguraron bien los demás prisioneros, dejaron algunas fuerzas en la plaza y emprendieron victoriosos la vuelta hacia Roma. Todo el pueblo salía a denostar al terrible corsario y a vitorear a los españoles, apellidando al Gran Capitán libertador de Roma. La cabalgata, seguida de una jubilosa multitud, llegó a las puertas del Vaticano. El Gran Capitán se apeó y fué a dar cuenta al Padre Santo de su triunfo. Este, que le esperaba en su solio y rodeado del Colegio cardenalicio, se adelantó a recibirle, le abrazó, le besó en la frente, le manifestó su gratitud y le otorgó por su mano la rosa de oro. El Gran Capitán le pidió que concediese la vida a Menaldo Guerri y que eximiese a los vecinos de Ostia de pagar tributo por diez años. Ambas demandas le fueron concedidas.

Después de algunos días se despidió Gonzalo del Papa y volvió a Nápoles. Allí le salió a recibir el rey don Fadrique con toda su corte, tributándole grandes honores, aloján-

dole en uno de sus mejores palacios y creándole duque de Santángelo, ducado que comprendía dos ciudades y siete castillos. Le asignó hasta tres mil vasallos, diciéndole :

—Es preciso dar una pequeña soberanía a quien es acreedor a una corona.

Poco tiempo disfrutó Gonzalo de tranquilidad. El Rey de España le ordenó que pasase a Sicilia para calmar el ánimo de las gentes irritadas contra el virrey, comisión que desempeñó con habilidad y prudencia. Luego tornó a Nápoles para someter a los pueblos que volvían a sublevarse, especialmente la fortaleza de Diano que se resistía, gloriándose de ser ella sola la que contra todo el reino mantenía en alto la bandera francesa.

Pacificada toda la región, determinó Gonzalo regresar a España a rendir cuentas a su rey Fernando. Repartió cuantiosas sumas y abundantes regalos entre los capitanes que allí dejaba, y acompañado de los más distinguidos se dió a la vela para su patria.

El rey Fernando y su corte le recibieron con grandes muestras de regocijo, y él expuso con sencillez sus gestiones y sus triunfos en Italia.

—Tan castigados quedan los franceses— terminó diciendo—que tardarán en pisar el suelo italiano. Pero su orgullo hará que una vez rehechos quieran lavar tanta afrenta y vuelvan a intentar una nueva incursión. Debemos estar prevenidos y preparados.

—Convengo en lo que decís—respondió el Rey—, pero mientras viva Gonzalo Fernández de Córdoba siempre habrá en mis Estados quien sepa castigar el atrevimiento de los franceses y humillar su desmedido orgullo.

## CAPITULO III

## CEFALONIA



penas tuvo Gonzalo dos años de sosiego en la corte de España, donde el Rey y los nobles tanto le distinguían, cuando la agitación de los moros granadinos le puso en condiciones de acreditar sus extraordinarias dotes militares.

Al someterse los mahometanos a la obediencia de los Reyes Católicos, se les había prometido el libre culto de su religión. Algunos de ellos abrazaron la católica; mas después volvieron a sus ritos, por lo cual se

usaron con ellos varias diligencias y aun medidas de rigor a fin de volverlos al seno de la Iglesia, llegando inclusive a quitarles sus hijos para hacerlos cristianos. Los habitantes de las Alpujarras creyeron que este rigor se iba a extender a todos, y, como por otra parte deseaban volver a conseguir su libertad, se alzaron en rebelión y se proclamaron independientes.

El Rey convocó a los nobles y les ordenó que organizaran la nueva campaña, pues el fuego de la insurrección iba cundiendo cada día más. Como los grandes del reino comenzasen a discutir entre sí sobre quién había de capitanejar las huestes, don Fernando, para acallar envidias, hizo capitán general a Gonzalo, con lo que todos quedaron satisfechos. El Gran Capitán salió inmediatamente de Granada con el conde de Tendilla, y los dos se encaminaron a Guejar donde se habían reunido los rebeldes.

Al llegar allá las tropas cristianas ya los enemigos habían arado y encharcado la vega, de modo que los caballos se hundían hasta las cinchas, y sin poder maniobrar soportaban una terrible lluvia de proyectiles. Después

de mil esfuerzos, consiguieron los cristianos ganar la sierra, y entonces el Gran Capitán mandó que se apeasen todos y que diesen el asalto. El fué el primero que se acercó a los muros y subió al instante por la escala. Le salió al paso un terrible moro, mas le descargó tan fiero mandoble que le hizo rodar al suelo. Este arrojo del capitán fué secundado por los peones, los cuales no tardaron en apoderarse de la villa, acuchillando a unos enemigos y apresando a otros.

A pesar de este escarmiento y de la rendición de algunos lugares, no se dieron por vencidos los rebeldes. Fué preciso que el rey don Fernando acudiese con nuevas milicias a someterlos. Tres mil moros se habían hecho fuertes en el pueblo de Lanjarón, situado en lo más alto de la sierra. Allá se dirigió el Rey en compañía del Gran Capitán, decididos ambos a concluir la guerra. Gonzalo, que ya conocía bien aquellas fragosidades, ordenó a su hermano Alonso que, con la caballería, se acercase a la montaña, simulando un ataque para atraer y entretener a los enemigos; entre tanto él marchó por el lado opuesto llevando a sus gentes por caminos tortuosos y vere-

das ocultas, consiguiendo llegar a la cima sin ser notado de los moros. Quedaron éstos sorprendidos al ver tremolar las banderas cristianas en lo más alto de aquellas cumbres y cogidos entre dos fuegos. No les fué ya posible defender la plaza, que, tomada por asalto, se vió precisada a capitular. Gonzalo, que siempre había sido generoso con ellos, les negoció una paz honrosa y logró calmarlos con los recursos de su política.

Cuando se terminó esta campaña ya los asuntos de Italia pedían con insistencia el auxilio de los españoles. A la muerte del rey Carlos de Francia le sucedió en el trono Luis XII, el cual renovó sus ambiciones de poseer el reino de Nápoles y se entendió secretamente con don Fernando *el Católico* para repartírselo, desposeyendo a Federico II. Los Reyes Católicos alegaban sus derechos a esta corona por la rama de Alfonso V de Aragón.

Federico, viéndose acosado por los franceses, apeló al desesperado recurso de solicitar auxilio de Bayaceto, sultán de Constantinopla, que acababa de apoderarse de algunas islas pertenecientes a la República de Venecia.

Don Fernando aparejó en Málaga una expedición de sesenta velas, quinientos infantes y seiscientos caballos, ya para defender a Sicilia contra los franceses, ya para auxiliar a Venecia, o bien para apoderarse de Nápoles, según se presentasen las circunstancias o se desenvolviesen los sucesos ; y confirió el mando supremo al Gran Capitán, dándole instrucciones secretas de lo que debía hacer apenas llegase a Sicilia.

La fama del gran caudillo tenía tan exaltada y llena de entusiasmo a la juventud española, que todos los ávidos de laureles y fortuna corrieron a engrosar el ejército de tan ilustre y afamado capitán. Con él fueron los célebres oficiales Diego García de Paredes, tan señalado por su osadía y por sus hercúleas fuerzas ; Pizarro, muy conocido por su heroísmo y más por ser padre del conquistador del Perú ; Zamudio, azote de italianos y alemanes, y Pedro Navarro, que inventó las minas para derrumbar los fuertes enemigos.

Se pertrechó abundantemente la armada, y el mismo Gran Capitán se presentó en ella con el fausto y la bizarría correspondientes a su cargo y a su reputación. La flota se dió a

la vela en mayo de 1500, con rumbo a Sicilia.

No tardaron los nuestros en llegar a Mesina, desde donde salieron a reunirse con la escuadra de Venecia, compuesta de treinta galeras y diez mil soldados. Los mandaba Benito Pésaro, que esperaba a los españoles para ir todos unidos a contener a los turcos. Estos apenas vieron que las dos escuadras navegaban juntas, huyeron a refugiarse en Constantinopla. Entonces los aliados se dirigieron a Cefalonia con objeto de combatir el castillo de San Jorge y apoderarse de la isla, arrancada poco antes por los turcos a la República de Venecia.

Desembarcaron los aliados con mucho orden y sosiego, inspeccionaron el campo y con gran diligencia organizaron los preparativos del sitio y del ataque al fuerte, situado sobre una roca de áspera y difícil subida y defendido por setecientos feroces turcos, los cuales desde las almenas contemplaban con burlona sonrisa todas aquellas maniobras.

Gonzalo, procediendo siempre como buen político y excelente militar, comisionó a los capitanes Aparicio y Solís para que fuesen a

proponer la rendición al jefe turco, diciéndole :

—Los soldados viejos del riquísimo Rey de España, ejercitados por largo tiempo en la guerra, vencedores de los moros, han venido en socorro de los venecianos, y os intiman la entrega de la isla ; si así lo hacéis os salvaréis todos, mas si resistís no esperéis misericordia.

El albanés Gisdar, jefe de los turcos y comandante del castillo, respondió a los comisionados españoles :

—Gracias os doy, cristianos, de que seáis ocasión de tanta gloria y de que vivos o generosamente muertos nos proporcionéis tal lauro de constancia ante Bayaceto, nuestro emperador. Vuestras amenazas no nos arredran ; la fortuna ha puesto a todos en la frente el fin de la vida. Decid a vuestro general que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con cuyas armas vengaremos nuestra muerte ya que no resistamos a vuestro esfuerzo o a vuestra fortuna.

*Dichas estas palabras, hizo traer un arco con un carcaj dorado para que se lo entrega-*

sen al Gran Capitán en su nombre, y despidió atentamente a los mensajeros.

Admiráronse los aliados de ver tal constancia y tenacidad en la guarnición y empezaron a desplegar su táctica guerrera. Ordenó Gonzalo que se acercasen algunas guerrillas al fuerte para tentar el valor de sus defensores, y comprendió que se las había con un enemigo tan soberbio en las palabras como temible en las obras. Pero como no estaba dispuesto a perder muchos días en aquella acción, celebró consejo, y todos los jefes optaron por asaltar la fortaleza con los medios que tenían a su alcance.

Dispuso el Gran Capitán que Pedro Navarro con su brigada se aproximase al fuerte y colocase allí varias minas de pólvora, dos de ellas más grandes, a fin de que abriesen brecha para dar el asalto. Se trajeron de las naves barriles de pólvora, se hicieron las minas y se tapiaron con un ancho muro. Después se emplazó convenientemente la artillería y se dieron las oportunas órdenes para que los capitanes atacaran a la vez por varios sitios y con toda su gente. A una señal de Gonzalo se dió fuego a las minas, que re-

ventaron con gran estruendo, llevándose una parte de la muralla. La artillería gruesa continuó batiendo los muros, y los sitiadores acometieron con gran decisión; mas Gisdar y sus setecientos leones, se resistían bárbaramente sin intimidarse, aportillando los desperfectos que causaba la artillería y ofendiendo a los cristianos con sus máquinas de guerra, con flechas enherboladas o envenenadas, y arrojando pez hirviendo, estopas encendidas y gruesas piedras sobre los que trataban de escalar los muros. Parecían demonios defendiendo la entrada del infierno. Entre las clases de máquinas que utilizaban, había unas, guarnecidas con garfios de hierro y llamadas *lobos*, con las cuales asían a los soldados por la armadura, los suspendían en alto y los estrellaban en los despeñaderos o los atraían a la muralla para cautivarlos o matarlos. Con uno de estos lobos fué asido el hercúleo Diego García de Paredes; mas él se agarró tan bien a la máquina que no fueron capaces los turcos para sacudirlo al suelo, por lo cual le llevaron al muro. Allí se desentendió Paredes de la fatal máquina, puso mano a su tizona y descalabrando a unos ene-

migos y matando a otros se mantuvo firme por mucho espacio de tiempo hasta que la sed y el cansancio agotaron sus fuerzas. Los turcos, admirados de tanto valor, respetaron su vida y le guardaron como a prisionero que les podía lograr buenas condiciones si se veían precisados a capitular.

La reñida y sangrienta batalla duró hasta la puesta del sol, teniendo los aliados que retirarse sin haber conseguido su objeto, aunque muy irritados y ansiosos de acabar con tan fieros enemigos. Descansaron todos, atendieron al cuidado de los heridos y limpiaron el campo cubierto materialmente de flechas envenenadas.

Los aguerridos turcos mantenían frecuentes escaramuzas con los sitiadores y aun osaban salir por la noche, haciendo todo el daño que podían y retirándose luego presurosamente a su fortaleza. Esto mantenía a los cristianos en constante zozobra, y llegó a afectar de tal modo el ánimo del Gran Capitán que una noche soñó que ya llegaban los enemigos hasta su tienda, después de ahuyentar el destacamento de guardia. Como si el

sueño fuera realidad, se levantó apresuradamente, exclamando :

—¡ A las armas, a las armas ; que tenemos el enemigo a la puerta !

Se ordenaron al momento algunos batallones y salieron en busca de los turcos, los cuales realmente venían a asaltar el campo y hubieran ocasionado un grave contratiempo a no haber sido por esta casualidad.

Para evitar tan peligrosas incursiones nocturnas, ordenó Gonzalo que cerca del sitio por donde solían venir los turcos se hiciesen trincheras y se ocultasen en ellas varios cañones con las tropas necesarias. Confió este ardid a gente valerosa, que marchó al oscurecer a ocupar su puesto sin que los turcos se percatasen. Cuando había ya cerrado la noche, oyeron los nuestros que un destacamento de enemigos venía cautelosamente a perturbar el campamento cristiano. Dejaron que se aproximasen hasta tenerlos cerca de los cañones, y cuando los tuvieron bien enfilados hicieron tan mortíferas descargas que los barrieron completamente. Dos horas después volvió otro pelotón de turcos con igual designio, y sufrió la misma contraria suerte.

Un tercer destacamento, que, sin duda, ignoraba el trágico fin de los anteriores, cerca ya del amanecer fué también barrido por la artillería. Tan sangrienta lección hizo a los sitiados desistir de sus nocturnas agresiones.

Como pasaba el tiempo, y la fortaleza no se rendía, Pésaro, el capitán de los venecianos, dijo al jefe español que él con los suyos se comprometía a tomar la plaza. Gonzalo trató de disuadirle; mas Pésaro queriendo llevar la honra de ser el conquistador no se avino a razones, y el Gran Capitán, muy a pesar suyo, le permitió que cumpliera su deseo.

Tanto confiaba Pésaro en sus venecianos, que después de un nutrido fuego de artillería, les ordenó que asaltasen la fortaleza. Los turcos, al ver la mala táctica y el poco orden con que se los acometía, los dejaron que se acercasen al muro e inclusive que muchos subiesen sobre él; mas entonces los acometieron furiosamente, despeñando a unos y abrasando con fuegos arrojados, azufre, pez hirviendo y flechas envenenadas a los que temerariamente se habían acercado a la fortaleza o ascendían por las escalas. Los venecianos

tuvieron que retroceder, y los turcos salieron en su alcance, hasta que Gonzalo acudió en socorro de los fugitivos.

—Ya os había prevenido del fracaso,—dijo más tarde el Gran Capitán a Pésaro—. Ya sabéis, por experiencia propia, lo que son los defensores del castillo de San Jorge.

—¿Quiere esto decir que debemos retirarnos?—respondió Pésaro.

—No ; de ningún modo ; sería indigno de nuestra gloria. No pueden quedar muchos defensores y esos extenuados y malheridos. Estoy decidido a acabar pronto esta facción. Preperad a vuestras gentes para que dentro de dos días estén dispuestas a dar el asalto general. Ahora mismo voy yo a dar las órdenes para ello.

Inmediatamente dispuso el Gran Capitán que se hiciesen grandes y poderosas minas ; que se construyera un puente ancho para tenderlo sobre el muro a fin de que pasasen muchos hombres a la vez ; y, por fin, mandó que todos previniesen sus armas, y su espíritu para el definitivo asalto.

El día de la batalla arengó a las tropas y a continuación mandó poner fuego a las mi-

nas ; mas éstas reventaron causando pocos destrozos. porque los turcos habían hecho sus contraminas. La artillería empezó a demoler la fortaleza, y los soldados la asaltaron con verdadera furia, subiendo el primero a lo alto el capitán Martín Gómez que allí se defendió hasta que acudieron otros a sostenerle. Corrió la voz de que ya había algunos sobre las almenas, y todos a porfía luchaban por imitarlos. El enemigo empezó a decaer y a retroceder y no tardó en verse acorralado. Murió Gisdar con trescientos de los suyos, y los cristianos tomaron posesión de la fortaleza cuando sólo quedaban en ella ochenta turcos entre enfermos y heridos.

La satisfacción y alegría de tan glorioso triunfo no tardaron en verse amargadas por el hambre y las privaciones ; pues la permanencia allí de tanta gente durante cincuenta días acabó con todos los comestibles. Por otra parte, era tan imponente el estado del mar y se había desencadenado tan formidable tormenta que no podían confiarse a los navíos. Gonzalo ordenó que se repartiesen equitativamente las raciones entre los soldados y que para su manutención se sacrificasen todas las

bestias que había en el campamento. Llegaron a tal carestía que ya no encontraban ni ratas para comer, sucumbiendo muchos soldados de enfermedad y miseria. En el extremo ya de la penuria optaron por confiarse a las olas antes que perecer todos ; mas tanto arreció el temporal que fué preciso desistir del empeño. Tuvieron entonces la suerte de que naufragase en la costa una embarcación cargada de castañas y avellanas, que aprovecharon y distribuyeron con toda disciplina y con las que pudieron aún sostenerse quince días. Grande fué la alegría de todos cuando amainó el temporal y pudieron salir de aquella inhospitalaria región. Los nuestros se dirigieron a Sicilia, y los venecianos marcharon a su República con encargo de enviar provisiones a la guarnición que dejaban en la isla.

Hallándose el Gran Capitán con su gente en Siracusa, descansando y reponiendo las fuerzas le fué a encontrar allí un embajador de Venecia, el cual, introducido a la presencia de nuestro héroe, le dijo :

—Señor y Gran Capitán, la República de Venecia, que admira vuestro heroismo y

agradece la victoriosa campaña que en su favor acabáis de hacer, me envía para que os dé las gracias en su nombre y para rogaros que aceptéis el presente que os traigo.

Acto seguido mandó que entregasen al jefe español un magnífico presente de artísticos objetos de plata y gran cantidad de vestidos de brocado y seda, además un diploma en el que se le nombraba gentilhombre de Venecia.

—Mucho agradezco vuestra atención y vuestros presentes—respondió Gonzalo—, mas permitidme que guarde la primera en el fondo del alma y que no admita los segundos.

Tanto insistió el embajador que el Gran Capitán, por no parecer descortés, aceptó el regalo para remitírselo a su Rey. Sólo se quedó con el diploma, pues él no tenía aún el título de nobleza, por lo que dijo graciosamente :

—Sólo me reservo este diploma para que mis competidores, aunque sean más galanes, no puedan ser más gentileshombres que yo.

A este tiempo ya el monarca francés y el español habían dividido entre sí el reino de

Nápoles, por lo que Gonzalo recibió orden de pasar a incautarse de las plazas que a su Rey se habían adjudicado.

Grande fué el disgusto del jefe español al tener que despojar de su corona al rey Federico, que tantas mercedes le había hecho y con quien estaba en tanta armonía. Sobreponiendo a sus particulares sentimientos la obediencia que debía a don Fernando y el amor a la patria, se dispuso a realizar las órdenes recibidas. Mas antes, obrando como buen caballero, envió a Federico la renuncia de todos los títulos que le había otorgado. El rey de Nápoles comprendió la angustiosa situación de su amigo y le respondió que le relevaba del juramento de fidelidad; pero en cuanto a las honras y a los títulos, lejos de admitirle la renuncia se los confirmaba de nuevo, y que seguiría apreciando sus virtudes, aunque por deber tuviera que convertirse en enemigo suyo.

## CAPITULO IV

## BARLETA



En cumplimiento de las órdenes recibidas salió Gonzalo a campaña con sus huestes, y en poco tiempo sometió las tierras adjudicadas al Rey Católico; y usando de su proverbial galantería y desprendimiento se aplicó a ganar las voluntades de los italianos y a engrosar su partido con las familias más distinguidas, ya restituyéndoles sus tierras ya prometiéndoles honores. Entre los que acudieron a prestarle sus servicios se hallaban los nobles Próspero

y Fabricio de Colonna, excelentes militares a quienes confió el mando de las dos alas de su ejército. A tales caballeros siguieron otros muchos, con los que llegó a formar un ejército de doce mil hombres que utilizó en poner sitio a Tarento, la más fuerte e importante fortaleza de Calabria y la única que en Manfredonia se mantenía independiente.

En el asedio de esta plaza sufrieron los sitiadores mucha escasez de víveres y de dinero; mas a pesar de tan crítica situación, Gonzalo y los suyos sabían callar y resignarse, procurando aparecer siempre grandes a los ojos de sus aliados y de sus enemigos.

Sucedió por entonces que la escuadra francesa, mandada por el conde de Rabestein hizo una expedición contra los turcos, queriendo imitar y, a ser posible, eclipsar la resonante fama que los nuestros habían conseguido en Cefalonia. La mala fortuna y un furioso vendaval dispersaron y deshicieron la escuadra que, maltrecha, fué a refugiarse en las posesiones españolas. Gonzalo dió las órdenes para que se auxiliase y socorriese a los franceses, en especial a Rabenstein cuya nave capitana era la que más había padecido. Al



Al otro día apareció ahorcado de un balcón...



ver los hambrientos y mal pagados españoles la generosidad y largueza con que se acudía a los franceses, empezaron a murmurar de su jefe, diciendo : «Más le valiera pagarnos, que ser tan generoso a costa nuestra». Esta murmuración creció hasta convertirse en tumulto, acudiendo un gran tropel de sediciosos, armados y con ademanes descompuestos, a la presencia de Gonzalo, pidiéndole que los alimentase y les pagase. El Gran Capitán, desarmado, sereno y digno como siempre, trató de apaciguar el tumulto ; mas la irritada soldadesca no se avenía a razones, y un soldado llevó su osadía hasta poner la pica junto al corazón de su jefe, que le dijo sin inmutarse y con la sonrisa en los labios : «Cuidado, amigo, no me vayas a herir sin querer». Un capitán vizcaíno se descaró hasta el extremo de llegar a proferir algunas frases contra la honra de la hija del Gran Capitán. El héroe español sufrió aquella afrenta sin darse por entendido ; logró sosegar el tumulto, prometiendo satisfacer las pagas en lo que pudiese y la gente volvió por entonces a tranquilizarse. Al otro día apareció ahorcado de un balcón el osado capitán vizcaíno,

con lo que nadie volvió a murmurar de su jefe. Por fortuna pudo Gonzalo aquellos días apresar una nave ricamente cargada y, repartiendo los géneros que traía, logró calmar a la tropa. Apretó después el cerco de la ciudad y consiguió rendirla, cogiendo entre otros prisioneros al duque de Calabria, hijo del rey Federico, al que envió a España como prisionero de Estado. Manfredonia siguió la misma suerte que Tarento, con lo que el Gran Capitán adquirió grandísima reputación en Italia.

Era natural que cesasen ya las continuas guerras que por tantos años habían asolado aquellas regiones; mas la humana ambición no tiene límites, y siempre busca pretexto para nuevas contiendas. Como no se habían deslindado bien algunas provincias, los franceses se apoderaron de ellas y se negaron a oír las reclamaciones que les hizo el Gran Capitán, confiados, sin duda, en su nuevo y poderoso ejército e intentando expulsar a los españoles de Italia.

En vista, pues, de que ni los respectivos soberanos se entendían ni los generales franceses venían a un acuerdo, se decidió ven-

tilar la cuestión por las armas. Los franceses eran muchos más en número que los españoles, estaban mejor equipados y eran con frecuencia socorridos ; al paso que los nuestros eran pocos, mal armados, mal vestidos, recibían muy escasos socorros de España y sin que el Gran Capitán tuviera con qué pagarles. Se avisó a don Fernando pidiéndole gente y víveres que no llegaban nunca, por lo cual el jefe español recogió la gente que pudo y marchó a refugiarse en Barleta, plaza fuerte, que tenía fácil comunicación con Sicilia.

Rotas ya las hostilidades y hallándose los nuestros camino de dicha plaza fué en su alcance el duque de Nemours con su aguerrido ejército mandado por Aubigny y por los valientes y experimentados oficiales La Paliza y Alegre. Viendo que no podían dar alcance a los españoles mandaron un trompeta para que se adelantase y entregara a Gonzalo un pliego en el que se le requería para que entregase la Capitanata y, de no hacerlo espontáneamente, que se la quitarían por la fuerza.

Dice un cronista que en tal coyuntura, el

Gran Capitán «como católico cristiano, como aquel que todas las cosas encomienda a Dios y a su bendita Madre, delante de todos los que allí presentes se hallaron y de aquel trompeta francés, tomó el postrer requerimiento e hincado de rodillas alzó los ojos al cielo y dijo estas palabras : «Señor mío Jesucristo en cuyo poder es el cielo y la tierra y todo lo criado, presento esta escritura delante de tu juicio porque sabes la justicia que los Reyes Católicos a este reino tienen y la mucha soberbia del rey de Francia y sus ministros. Te suplico que en este caso muestres tu justicia». Después dijo al trompeta :

—Andad, hermano, y decid al duque de Nemours y al señor de Aubigni que espero en Dios no sólo defender esta tierra sino echarlos a ellos de la suya. Que vengan cuando quieran. Al señor de Aubigny le diréis que si quiere que excusemos vidas y que esto se termine entre los dos que seré muy contento de ello y que me obligaré mucho para evitar que mueran los que no tienen culpa. Que escoja el campo, la hora y las armas que quiera.

Con esto despidió al trompeta, regalándole dinero y un rico traje, y prometiéndole más

si lograba persuadir a Aubigny de que aceptase el desafío.

Inmediatamente dispuso que sus tropas marchasen a Barleta a pesar de la incesante lluvia que sobre ellos caía. La causa de esta decisión fué por haber tenido confidencias de que los franceses venían avanzando con intención de copar a los españoles y de prender a su capitán.

Los nobles italianos y todos los jefes que formaban el Consejo del Gran Capitán tildaron de cobardía esta retirada, y querían hacer frente al enemigo; y al ver la determinación de Gonzalo no sólo murmuraban de él sino que escribieron a todas partes diciendo que ya se le había nublado la buena estrella y que había decaído en sus arrestos. En España apenas le defendía nadie más que la magnánima y previsora reina Isabel, diciendo: «Nadie juzgue al Gran Capitán hasta ver en qué para el suceso de la guerra». En Francia se envalentonaron los ánimos, y en Italia todos pusieron en entredicho las prendas de nuestro héroe. Tanto le acosaron de un lado y de otro que «determinó no responder a nin-

guna persona ni presente ni ausente con palabras, sino al fin con las obras».

El 20 de julio, poco tiempo después de retirarse a Barleta, partió de allí a Canosa, llevando consigo a Pedro Navarro, capitán de infantería, al que encomendó la plaza diciéndole :

—Los franceses han de comenzar la guerra asaltando esta plaza, y en ella deben quebrantar los ímpetus de su furia. Aquí os dejo con seiscientos soldados. Escogí a vos más que a otro alguno, porque tengo por cierto que la defenderéis contra toda Francia que sobre ella venga. Os dejo en la plaza más renombrada en toda Europa y aun en las demás partes de la tierra. Casi toda la gente que aquí, a las órdenes de Anníbal, mató cuarenta mil romanos, era española ; así que la tierra os reconoce como a sus descendientes. A Canosa escogí para que resistáis a los franceses o para vuestra sepultura.

—Os beso las manos por tan alta merced— respondió Navarro—. Aunque los muros de Canosa son débiles, nuestros ánimos y nuestros corazones los harán inexpugnables.

Volvió el Gran Capitán a Barleta, y desde

allí envió otros capitanes a guarnecer distintas plazas, quedándose él con muy poca gente.

Navarro organizó la defensa de Canosa, animó a sus seiscientos valientes y se aprestó a recibir al enemigo. No tardó éste tres semanas en presentarse con todas sus fuerzas y su formidable tren de guerra ante los muros de la plaza. Enviaron los franceses un heraldo al capitán español, ordenándole que se entregase antes de seis horas, si no querían ser todos pasados a cuchillo. Navarro respondió :

—Di al duque de Nemours, al señor de Aubigny y a todos los franceses, que excusen palabras y que empiecen con las obras, y que no envíen ningún otro heraldo a proponernos la rendición, porque lo colgaremos de una almena.

Los franceses, irritados por tal arrogancia, empezaron a vomitar fuego de artillería y mosquetería contra Canosa, y como eran muchos en número y tenían abundancia de municiones, llegaron a dar hasta catorce asaltos en un solo día, sufriendo grandes pérdidas y sin lograr poner el pie sobre la muralla. De-

sesperados ya y desconfiados del triunfo, optaron por dejar a Canosa e ir sobre Barleta ; más pareciéndoles vergonzoso fracasar en el primer empeño, reanudaron los asaltos con nuevos bríos. Llegaron a calificar de imposible la toma de la plaza y propusieron de nuevo las capitulaciones a las que Navarro no quería dar oídos. El Gran Capitán, que desde Barleta se enteraba de todo, comunicó a Navarro que ya podía capitular, sacando todo el partido que le fuera posible. Navarro, como quien hace un favor, accedió a parlamentar y consiguió que los suyos salieran con todo el bagaje y a banderas desplegadas. Se puso al frente de los ciento cincuenta soldados que le restaban con vida, consiguió del enemigo carruajes para llevar los heridos, y salieron todos como triunfadores a tambor batiente y gritando : « ¡ España, España ! » por entre las tropas enemigas. Cuando habían marchado poco más de un kilómetro, corrió a su alcance un trompeta francés y acercándose a Pedro Navarro le dijo :

— Me manda comunicaros el señor duque de Nemours que no habéis cumplido lealmente las cláusulas de la capitulación y que está

esperando que salgan los tres mil defensores que guarnecían la plaza para entrar en ella.

—Decidle al duque de Nemours—respondió Navarro—que no tema entrar en la plaza, pues los muertos que allí quedan enterrados no le han de molestar.

—¿Tan pocos erais?

—Y aún sobrábamos para mantener a Canosa—respondió Navarro prosiguiendo marcialmente su camino hacia Barleta.

El Gran Capitán con todos sus oficiales salió a recibir y aplaudir a aquellos héroes, mandó hacer salvas de triunfo y abrazó y besó en la mejilla al intrépido defensor de Canosa.

El duque de Nemours, corrido y avergonzado por la tenaz resistencia que tan pocos españoles le acababan de hacer y por la honrosa capitulación que se había visto precisado a otorgar, marchó a Barleta en busca del desquite. Mas los españoles hacían frecuentes salidas hostigando a los franceses, copando pequeños grupos de ellos, haciendo provisión de ganados y de víveres y manteniendo en continua alarma a los sitiadores, que siempre resultaban descalabrados en los

encuentros parciales. Molestados por estas refriegas los franceses, dieron en propalar que los nuestros sólo valían para hacer guerra de emboscadas y para batirse en las escaramuzas, que eran buenos guerrilleros y buenos peones ; mas que nadie podía sufrir el que se los tomase por hombres de armas y por caballeros de nombre. Los nuestros les contestaron diciendo que los franceses, si bien entraban con mucho arrojo y mucha furia en la lid, decaían luego de ánimo y no eran constantes ni duros ; y pues sostenían que los españoles no eran buenos caballeros de armas que lo demostrasen en un combate de once contra once, al que los desafiaban. Replicaron los franceses que ellos no habían adelantado el desafío, porque sería igual que una lucha entre leones y corderos ; pero que aceptaban el combate, aunque comprendían que los españoles estaban desesperados de la vida e intentaban morir en aquella forma honrosa por no morir de hambre entre los muros de Barleta. Tardaron los sitiadores algunos días en fijar la fecha del combate empleando este tiempo en ejercitar a unos ciento cincuenta de los más significados entre

ellos, escogiendo luego los once mejores. Con fecha del 19 de septiembre de 1502 respondieron que aceptaban el reto y que el duque de Nemours garantizaba la neutralidad del campo.

Grande alborozo hubo entre los españoles al saber que los franceses aceptaban el desafío. El Gran Capitán escogió a los once que le parecieron mejores y nombró a Próspero Colonna para que hiciese de padrino.

El hercúleo Paredes, que era uno de los nombrados, se hallaba en cama con varias heridas en la cabeza y otra en un muslo de un picazo que le dieron por meterse a separar dos españoles que reñían entre sí. Estaba Paredes muy desazonado porque las heridas no le habían de permitir ser uno de los combatientes, cuando vió que el Gran Capitán penetraba en su estancia, diciéndole cariñosamente :

—¡Hola, señor de Paredes! ¿Cómo van esas heridas, y cómo va ese ánimo?

—Las heridas, señor, no van tan mal; pero el ánimo está desesperado.

—¿Y por qué así?

—¡No me lo preguntéis! ¡Con la hincha

que yo tengo a esos gabachos, y verme imposibilitado para salir contra ellos !

—No os desesperéis así. Vengo a deciros que esta tarde seréis uno de los once campeones.

—¿ Yo ?

—Sí, vos.

—Sería mi mayor felicidad ; pero mi cuerpo no obedece a mi espíritu.

—No hagáis caso de aprensiones. Levantaos, vestíos y poneos las magníficas armas que para vos acabo de mandar traer ; no os preocupéis más de las heridas.

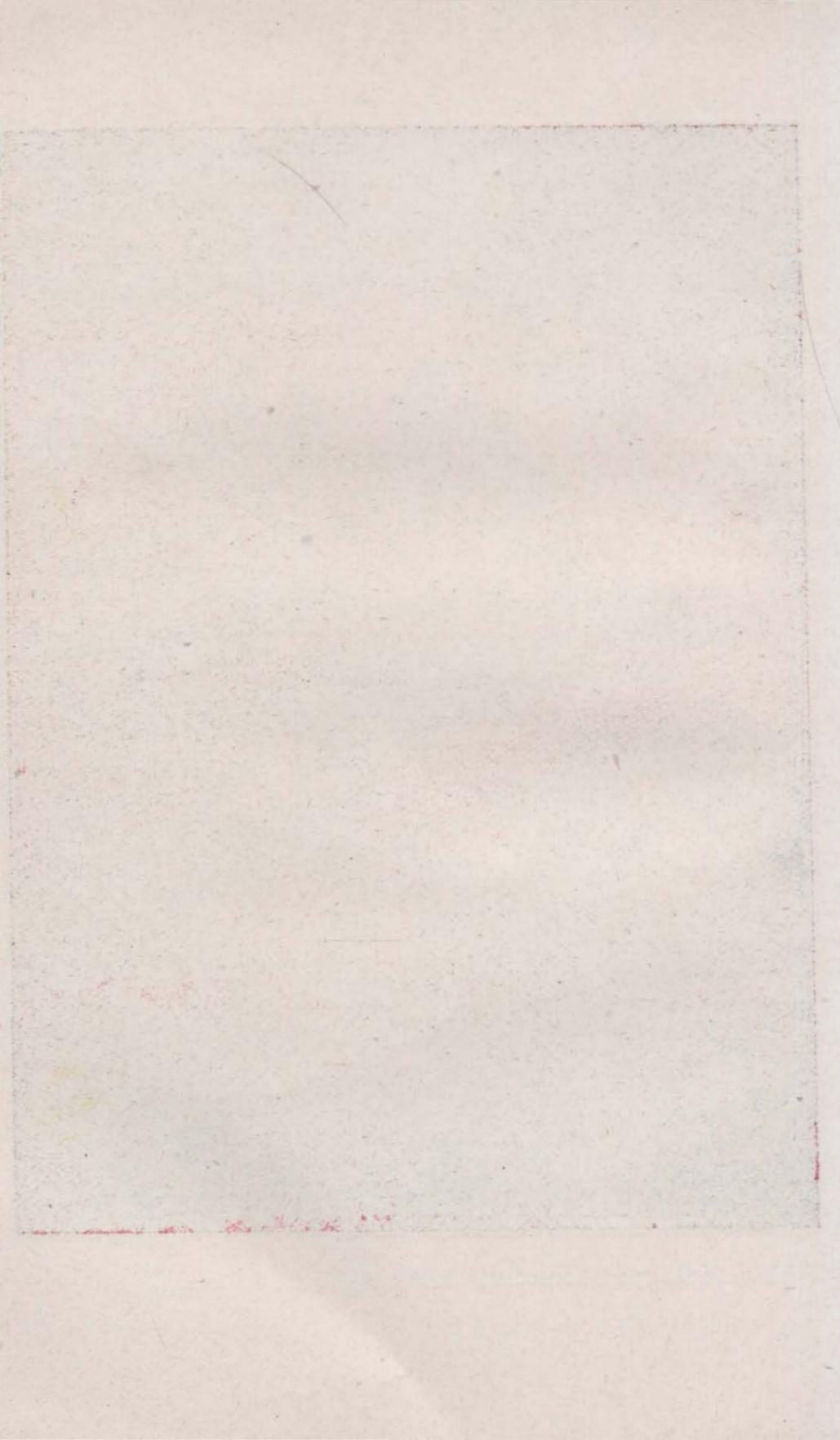
Con tanto regocijo y entusiasmo recibió Paredes la honrosa comisión, que una hora antes de salir de la fortaleza ya se hallaba con los demás elegidos ante su jefe, el cual le decía de esta substancia :

—Os he escogido por los más valientes ; en vuestros brazos está la honra de España y de Italia, y de este suceso depende la victoria futura. Antes quisiera veros muertos en el palenque que no aquí humillados y vencidos.

Luego los abrazó uno por uno y «los encomendó a Dios y a su Santa Madre».



Empezó entonces una sangrienta lucha...



Una hora antes de lo convenido ya estaban los nuestros con sus respectivos pajes de armas en el palenque. Un inmenso gentío de las próximas villas había acudido a presenciar tan resonante espectáculo y todos se inclinaban al partido de los franceses. Llegados éstos, los padrinos dividieron el sol y los trompetas dieron la señal del combate. Se arremetieron con furia los dos bandos, y del primer encuentro los españoles derribaron a cuatro franceses, matándoles los caballos. Volvieron de nuevo a chocar, y los enemigos derribaron entonces a un español al que rindieron echándose cuatro sobre él ; pero quedó muerto un francés y rendido otro. Empezó entonces una sangrienta lucha con dagas, hachas y estoques, de la que sólo quedaron dos franceses a caballo y siete a pie. Acometieron los nuestros para concluir la batalla ; mas los enemigos se atrincheraron tras los caballos muertos, flanqueados del valiente Bayard y de otro francés, que eran los únicos que quedaban montados. Varias veces acometieron los españoles ; pero los caballos vivos retrocedían espantados ante los caballos muertos. Entonces ordenó Paredes que desmontasen

todos y acometiesen a pie. Los franceses ya se venían a partido, mas los nuestros no querían ceder hasta rendirlos por completo.

El forzudo Paredes, no teniendo a mano otras armas, empezó a lanzar contra los parapetados enemigos las grandes piedras con que se había señalado el término del palenque, acosándolos así hasta que fué entrada la noche, y los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros.

Se canjearon los rendidos uno por otro y se retiraron los combatientes a sus respectivas plazas, después de cinco horas de lucha. Los once españoles llegaron a Barleta muy de noche; y al día siguiente no osaban presentarse ante Gonzalo hasta que Paredes los convenció y fueron ante su capitán menos Gonzalo de Aller, que era el que había sido rendido. Paredes sacó la cara por sus compañeros y dijo al Gran Capitán, que ya estaba enterado de todo lo ocurrido.

—Vuestra señoría no tiene por qué tener enojo de nosotros, porque todos hicimos nuestro poder y deber. Si no pudimos vencer fué porque no quiso la fortuna o mejor Dios por quien todas las cosas se gobiernan. El tri-

bunal del palenque falló que éramos tan buenos caballeros como los franceses.

—No admito disculpas ni satisfacciones— replicó Gonzalo—, menos yendo vos, señor de Paredes. Por mejores os envié yo al campo.

El Gran Capitán les volvió la espalda malhumorado ; y los combatientes se fueron algo mohinos a sus tiendas.

Poco después volvió Paredes agitado ante su jefe, diciéndole :

—Señor, Gonzalo de Aller se halla tan desesperado que se quiere matar, y ya anoche nos vimos y nos deseamos para impedirselo.

—Llamadle a mi presencia.

—Prefiere morir antes que presentarse a vos.

—Pues decidle que yo mismo iré allá a verle. ¿ Y cómo os encontráis de las heridas ?

—¿ De qué heridas, mi capitán ?

—De las que os retenían en la cama.

—No me he vuelto a acordar de ellas.

—Ahora—concluyó diciendo el jefe— acompañadme a ver al rendido y después idos a descansar y a curaros.

Marchó el Gran Capitán en busca de Gonzalo de Aller, que era uno de sus mejores y

más valientes soldados y que gozaba de grande reputación en el ejército, y tan pronto como se avistó con él le dijo :

—Sé y comprendo muy bien la desesperación que padecéis porque os rindieron ayer tarde, y vengo a daros el remedio más digno de vos.

—Mandad lo que os plazca, que sólo busco la muerte.

—Es natural que vuestra hidalguía no os permita vivir, pues aunque han sido tres a rendiros y aquí todos os conocemos por uno de los mejores, en lo futuro y ante otras gentes, siempre que os vean pasar han de decir : «Ahí va Gonzalo, el rendido».

—No lo dirán, porque me despeñaré antes.

—No es necesario. Si queréis recuperar vuestro honor y vuestra fama debéis ir a desafiar al francés rendido, diciéndole que vos tuvisteis razón en rendiros por hallaros en el suelo y ser uno contra tres ; pero que él fué un cobarde rindiéndose a uno solo y estando los dos a caballo.

Aller aceptó el consejo con tanta alegría que mandó en aquel mismo punto el desafío al francés y no se hartaba de dar las gracias

a su jefe. Desde entonces levantó cabeza y se volvió a sentir animoso y decididor.

El francés contestó que aceptaba el desafío para el día siguiente y que esperaba matar al español y hacerle tragar las locuras que en el cartel le había escrito.

El Gran Capitán dió a Gonzalo «dos buenos caballos y muy ricos y provechosas armas» y garantizó, además, el campo.

Al día siguiente, una hora antes de la cita, ya estaba el español en la arena, haciendo escarceos y caracoles con su caballo. Allí esperó tiempo y tiempo, y el francés no parecía venir. Marcharon en su busca algunos nobles de su nación y encontrándole que venía pasito a paso le dijeron que acelerase la marcha, que ya le esperaba su contrario.

—¿Qué tal continente presenta el español?—preguntó.

—Le hemos visto y, a nuestro parecer, triunfará de ti—contestaron—. Si estás desesperado, vete a combatir con él; si deseas la vida, vuélvete, porque estos locos de españoles tienen en más la honra que mil vidas.

Con esto se volvió el francés a su posada. Mas allí le fué a buscar un trompeta de or-

den le los jueces del campo. El francés le preguntó por las trazas y la apostura del enemigo, y el trompeta le contestó :

—Aquel español, a lo que parece, tiene muchos deseos de esa tu cabeza.

Con lo cual el francés se quedó en la posada sin osar acudir al palenque. Si bien, justo es decirlo, los suyos le expulsaron después de las filas del ejército.

Viendo los padrinos y los jueces que ya se ponía el sol y que el francés no acudía al reto, mandaron hacer un pelele con el nombre del cobarde. Gonzalo lo alanceó muy a su gusto y después lo arrastró sujeto a la cola de su corcel por ante la multitud que le vitoreaba y aclamaba. De allí partió inmediatamente a Barleta, tan erguido y entusiasmado como si acabara de conseguir una gran victoria.

El Gran Capitán, que sabía ya los pormenores del suceso, le salió a recibir con toda su escolta, mandó que le saludase la artillería y, después de abrazarle efusivamente, le dijo :

—El día de hoy, señor Gonzalo de Aller, habéis honrado a toda nuestra nación y cobrado vos solo lo que todos vuestros compañeros perdieron ayer juntos.

## CAPITULO V

## LOS FRUTOS DE LA CONSTANCIA



1 Gran Capitán procuraba mantener el ardor bélico de los suyos y entretener al enemigo por medio de combates caballerescos y contiendas de honor que

hacían de las proximidades de Barleta un incesante palenque; dando lugar a que mejorara su situación que era muy poco lisonjera por la falta de víveres, vestuario, municiones y tropas. Los franceses comprendieron que en estos combates perdían sus mejores lanzas y su prestigio y no quisieron admi-

tir más combates parciales, diciendo que ya se verían de ejército a ejército.

Aunque el Rey Católico parecía no acordarse de sus españoles a juzgar por lo poco que los auxiliaba, Gonzalo no perdía sus alientos, procurando animar a los suyos y valiéndose de mil ardidés para mantener en ellos la esperanza de socorro al mismo tiempo que les inculcaba que no sólo debían vencer a los enemigos en el combate sino también «en la humanidad, en el tratamiento, en la liberalidad, en la cortesanía y en la crianza».

Sucedió por entonces que Alonso de Sotomayor, uno de los oficiales españoles más valientes y aguerridos, el que por su mano había cogido preso al bandido Guerri, fué cautivado por Bayard, *caballero francés sin miedo y sin tacha*, que le trató con grandes consideraciones y le otorgó la libertad por un módico rescate. El español, una vez libre, propaló que Bayard le había tratado dura e ignominiosamente. Lo supo el francés y le retó, diciéndole que mentía. Sotomayor, aunque era alto, robusto y buen jinete, rehusa-

ba el combate ; pero el Gran Capitán le obligó a aceptarlo, diciéndole :

—Es preciso que con la gloria del combate hagáis olvidar las palabras injuriosas, de lo contrario sufriréis el castigo que ellas merecen.

Sotomayor tuvo que salir al campo, donde le esperaba Bayard, que era menudo de cuerpo y estaba delicado a causa de unas calenturas que sufría.

Se acometieron los dos con furia ; mas Bayard logró matar al español, con gran alegría de los franceses y ningún sentimiento de los nuestros, indignados de su mala lengua y villano proceder.

—¡ Justo juicio de Dios !—decían todos, retirándose del palenque.

Seguían los españoles desamparados en Barleta y muy faltos de bastimentos, y para remediarse hacían frecuentes salidas a los caseríos próximos, acaparando todo lo que en ellos encontraban, no sólo porque la necesidad los obligaba a ello sino, principalmente, porque los vecinos de las aldeas, juzgando a los españoles más débiles, habían obtenido un seguro del duque de Nemours, que se com-

prometió a pagar todos los desperfectos que causasen los sitiados. En una ocasión llegó a traer el Gran Capitán a Barleta treinta mil cabezas de ganado que tuvieron que abonar los franceses. Irritados éstos por tanta osadía, no cesaban de correr el campo en numerosos grupos ; mas en los encuentros parciales que, con motivo de las provisiones había, siempre resultaban descalabrados.

Dieron en una ocasión aviso al héroe español de que cuarenta franceses recorrían a caballo las proximidades de Barleta. Llamó inmediatamente a Diego de Mendoza, uno de sus más valientes y esforzados campeones y a quien solía encomendar tales empresas, para que saliese con los suyos a escarmentar al enemigo. Salió Mendoza, pero no dió con los franceses porque los guías erraron la senda. Gonzalo, que siempre estaba cuidadoso de los suyos, viendo que tardaba Mendoza salió en su busca y encuentro con doce de sus escogidos hombres de armas. Al volver un recodo del camino divisaron a los cuarenta franceses que venían en sentido contrario. Se pararon los nuestros, y dijo Aller :

—¿Qué hacemos, mi capitán?

—Acometerlos—respondió Gonzalo con valentía.

—Son cuarenta contra trece—objetó Pizarro.

—Muchos me parecen—añadió Paredes.

—¿Y si fueran sólo trece, ¿qué haríamos?—preguntó el Gran Capitán.

—En ese caso los podríamos acometer—respondió Paredes.

—Pues bien—continuó Gonzalo—, dejadme a mí veintiocho y entendedos con los restantes.

Y diciendo esto arremetió, seguido de sus leones, contra los franceses, los cuales, desprevenidos, empezaron a rodar por tierra al primer empuje, y después seguían luchando con recelo temerosos de una celada. Los nuestros aprovecharon bien esta indecisión para deshacerse de gran parte de sus enemigos; mas éstos no tardaron en comprender que eran sólo trece sus acometedores y entre ellos el mismo Gonzalo, por lo que se revolvieron furiosamente y empezaron una encarnizada lucha. Por donde acometían el Gran Capitán o Paredes o Aller sembraban el terror y la muerte, y no había enemigo que se mantu-

viera firme. Los franceses con tanta desesperación se defendieron que allí murieron todos, menos uno, que, rendido ya, fué perdonado por los nuestros para que llevase la terrible noticia al duque de Nemours.

En estas continuas y parciales escaramuzas solían hacerse bastantes prisioneros, por lo que unos y otros combatientes, a fin de desembarazarse de ellos, convinieron en pagar un tanto por el rescate de cada uno, según su graduación, si bien el Gran Capitán solía decir a los suyos que el enemigo muerto valía infinitamente más que el vivo.

Con motivo de estos rescates, debían los franceses algún dinero a los españoles, y Gonzalo comisionó al comendador Mendoza para que lo fuese a cobrar, escoltado por quince jinetes. Salió el pelotón en busca de los rescates, y al poco tiempo vino un espía diciendo :

—Mi capitán, acabo de ver a cincuenta y seis franceses emboscarse tras unas matas.

—¿Dónde?—preguntó Gonzalo.

—Junto al camino por donde ha de venir el comendador con los rescates.

—Comprendo sus intenciones; pero les saldrán fallidas, como casi siempre.

Mandó llamar a don Diego Mendoza, que era pariente del comendador, y le dijo cuando le tuvo en su presencia:

—Este espía os guiará al sitio en que hay emboscados cincuenta y seis hombres de armas franceses en acecho del comendador. Salid en defensa de él con la escolta que os plazca.

Con unos veinte que me asistan, daremos buena cuenta de esos gabachos.

—Mirad, señor de Mendoza, que los franceses son cincuenta y seis.

—Ya sabe mi capitán por experiencia que cada español vale, a lo menos, por dos o tres franceses juntos.

Escogió Mendoza a los que habían de acompañarle, y partió al encuentro del comendador. Gonzalo, siempre cuidadoso y solícito, queriendo asegurar el triunfo, no tardó en salir detrás de Mendoza con siete de a caballo.

A este tiempo ya estaba de vuelta el comendador aproximándose con los suyos a Barleta. Cuando llegó cerca de las matas que

ocultaban a los franceses, empezaron éstos a salir al camino con aire amistoso y sin ninguna manifestación hostil. El comendador y su escolta se pararon en seco ; mas de pronto volvió grupas el comendador y dijo a los suyos :

—Estos ladrones nos esperan para tomar nos el dinero y matarnos. Luchemos como valientes y haced todos lo que a mí me viéreis hacer.

Todos continuaron prevenidos hasta llegar junto a los franceses, los cuales les dijeron :

—Entregad el dinero que lleváis y no se os hará daño alguno.

—Venid a cogerlo en la punta de mi lanza —exclamó el comendador, acometiéndolos.

Inmediatamente se trabó una desigual y terrible escaramuza. Los nuestros, acosados por todas partes, sufrían las angustias de una apurada situación. De pronto oyeron que rasgaba los aires el grito de «¡ España, España !». Era el terrible Mendoza que acudía en su socorro y hacía estragos en el enemigo. Los franceses, que eran decididos y se tenían por mejores hombres de armas, viendo que los españoles a pesar del refuerzo eran aún

menos en número, les hicieron frente con gallardía, y la lucha siguió enconada.

—¡ El Gran Capitán ! ¡ Ahí viene el Gran Capitán !—se oyó decir. Y, efectivamente, Gonzalo con su reducido séquito entró en la lid como una tromba y acometiendo, según costumbre, a los enemigos que le parecían más fuertes e invencibles. Los franceses, que aún excedían en número a los nuestros, no se desanimaron y siguieron luchando, hasta que cincuenta de ellos cayeron en el campo y los restantes se salvaron huyendo.

Los victoriosos españoles regresaron a Barteta con los ricos despojos de los cincuenta franceses muertos.

De esta manera iban los nuestros deshaciéndose poco a poco de sus más esforzados enemigos y agotando la paciencia de los franceses que se desesperaban porque Gonzalo no quería aceptar la batalla de ejército a ejército. Y así también se mantenía el ánimo de los españoles, faltos de todo auxilio y recurso ; y que sólo se remediaban con estas correrías y con alguna que otra nave que arribaba al puerto. En cierta ocasión ancló allí un buque veneciano con una preciosa carga

de trigo, zapatos, celadas, arneses, telas y otros artículos que el Gran Capitán compró, parte con su dinero y el de otros nobles y parte al fiado. Repartió después a las tropas generosamente todos los artículos, añadiendo para tranquilizarlos que aun le quedaba un cofre lleno de oro para mejor ocasión.

La escuadra francesa solía vigilar los mares e impedir que de Sicilia enviaran bastimentos a los españoles, por lo cual ordenó el Gran Capitán al almirante Lezcano que fuese a batir por mar al enemigo.

—No necesito gastar muchas palabras— dijo el capitán español a su almirante—con quien al punto comprende las cosas. Ya sabéis los daños que de Peri Juan recibimos. Aparejad dos galeras, id en busca de ese corsario y, en topándole, matadlo, prendedlo o echadlo a fondo. Haced lo demás como suelen hacer hombres tan valientes como vos. Idos con la gracia de Nuestro Señor, que a él os encomiendo y a su bendita Madre.

—Señor—repuso Lezcano—, yo os prometo que topando con Peri Juan o le prendo o le mato o Lezcano quede muerto, porque no

digán en Vizcaya que Lezcano fué vencido por franceses. ¡ Mal viaje hagan ellos !

Se dió Lezcano a la vela, y no tardó en saber que Peri Juan se había recogido en el puerto de Otranto con cuatro galeones y varios otros buques de menor tonelaje. Pasó aviso al gobernador de aquella plaza neutral, diciéndole que no se alarmase si le veía acometer a los buques franceses allí refugiados ; y se dirigió allá con dos galeones bien guarnecidos de gente y de artillería. Llegó por la noche, y esperó a la entrada del puerto hasta que asomó la aurora. Entonces acometió a los desprevenidos franceses con todo el empuje de su gente y todo el estruendo de su artillería. Hundió dos galeones, desmanteló otros dos que allí había e hizo huir a tierra a los supervivientes. Después entró a saco en las embarcaciones y regresó a Barleta triunfante y cargado de despojos.

Los defensores de Barleta recibieron al triunfador entre salvas y vítores, y después de darle el parabién, le dijo Gonzalo :

—¿ Y qué hicisteis de Peri Juan ?

—Si no hubiera sido por no quebrantar la liga con los venecianos—respondió el victo-

rioso almirante— acá vinieran Peri Juan y los otros franceses. Los hallé en Otranto y pelé con ellos y les eché a fondo dos galeras, y de las otras dos galeras, de las fustas y bergantines que allá tenían saqué todo lo que había, y más a los españoles que traían al remo.

Exasperados ya hasta lo sumo los franceses, determinaron ir con todo su numeroso y bien provisto ejército hasta los mismos muros de Barleta a presentar una batalla decisiva. Organizaron sus escuadrones, y poniéndose al frente de ellos el duque de Nemours, Alegre, La Paliza, Bayard y demás capitanes llegaron ante el refugio de los españoles y les enviaron un arrogante desafío. Gonzalo, siempre calculador y sereno, los trató con punzante ironía, contestándoles al tenor siguiente :

—Mucho me honráis con tan galante invitación, y mucho agradezco el ánimo grande con que me ofrecéis la batalla ; pero yo estoy acostumbrado a combatir cuando la ocasión o la conveniencia lo piden, no cuando a mis enemigos se les antoja ; y así os agradeceré que esperéis a que mis gentes hierren los ca-

ballos, afilen las espadas y enluzcan las armas.

Los franceses levantaron el campo más orgullosos que resentidos y creyendo haber intimidado a los españoles, a quienes denostaron a su gusto.

Nuestros jefes ardían en deseos de escarmentarlos y la mayoría de ellos optaba por aceptar el combate. El Gran Capitán, que veía su estado de ánimo, se dirigió a ellos y les dijo :

—Me siento orgulloso al considerar el ardor bélico que os enciende y los vehementes deseos que mostráis de humillar al enemigo y de hacerle sentir la fuerza de vuestras lanzas. Refrenad por unos momentos tan caballerosos ímpetus, que antes de pocas horas yo os daré ocasión de satisfacer esas ansias y de alcanzar una segura y renombrada victoria. Aprestaos para salir cuando os lo indique.

Apenas se perdieron de vista tras los montes la vanguardia y el centro de las tropas francesas y se empezó a mover la retaguardia, formada por aguerridos escuadrones de caballería, ordenó el Gran Capitán a sus va-

lientes Mendoza, Escalada, Pizarro, Zárate, Pareás, Coello y otros que salieran a hostigar al enemigo. Los nuestros salieron con buen ánimo y orden de la plaza y se lanzaron sobre los franceses, trabando con ellos una reñida y sangrienta lucha. Los arcabuceros se dividieron en dos alas que marcharon por atajos para coger en medio a la caballería francesa. Cuando nuestros infantes se hubieron apostado en sitio estratégico, Mendoza y los demás que peleaban a caballo simulaban una retirada que animó a los franceses a precipitarse sobre ellos, creyéndolos ya vencidos. Los cogió entonces la infantería por los dos flancos y la caballería volvió con denuevo al ataque. Los franceses comenzaron por desorganizarse y los pocos que no quedaron allí heridos o muertos terminaron por darse a la fuga, abandonando toda la rica impedimenta que llevaban.

Cuando el duque de Nemours supo el desastre de su retaguardia, ya estaba Mendoza con el botín y los prisioneros al abrigo de los muros de Barleta. Aquella noche disfrutaron los españoles de un extraordinario banquete, y Gonzalo convidó a su mesa a los más

distinguidos capitanes, extendiendo su galantería a algunos nobles franceses cogidos aquella misma tarde. Entre ellos se hallaba el capitán francés La Motte, que, llevado de su petulancia, tal vez acrecentada por el vino, llegó a decir que los italianos eran una pobre gente para la guerra. Don Diego de Mendoza sacó la cara por ellos, y el francés le replicó :

—Señor don Diego, nunca Dios quiera que tal cosa se diga entre hombres que saben lo que es una guerra. Confieso que los españoles nos son iguales algunas veces ; pero los italianos, nunca.

Hallábase junto a La Motte el caballero español Iñigo López que le hacía señas para que se callase ; mas el francés no quiso darse por entendido e insistió en denostar y desafiar a los italianos. Llegó la discusión a oídos de Próspero de Colonna, el cual atribuyó las bravuconadas de La Motte a los efectos del vino. Al día siguiente se cercioró de que el francés se mantenía en su dictamen, por lo cual uno y otro obtuvieron licencia de sus respectivos generales para celebrar el desafío, que había de ser de trece contra trece, con la

condición de que los rendidos debían pagar cien ducados cada uno por su rescate y perder las armas y el caballo.

Los italianos buscaron **sus** campeones en Roma, Calabria y otras provincias para que toda la nación participase de la gloria que esperaban conseguir. El duque de Nemours trató de desconcertar el desafío y no quiso comprometerse a asegurar el campo ; pero el Gran Capitán dijo que él lo aseguraba a todos. Trató con mucha cordialidad y deferencia a los italianos, dando a cada uno un sayo de raso blanco y dorado y una magnífica armadura. Además los pertrechó «con unas lanzas muy fuertes y casi una braza más largas que las francesas ; y sendos estoques, colgados de los arzones a la parte izquierda, y sendas espadas cortas y anchas para herir de tajo y de revés ; a la mano derecha una hacha de labrador de cortar leña con un astil de media braza». Tendieron, además, dentro del palenque dos venablos para que los pudiesen utilizar los que tuviesen la mala fortuna de ser desmontados.

Una vez todos en el campo se les partió el sol y se les dió la señal de acometer. Los fran-

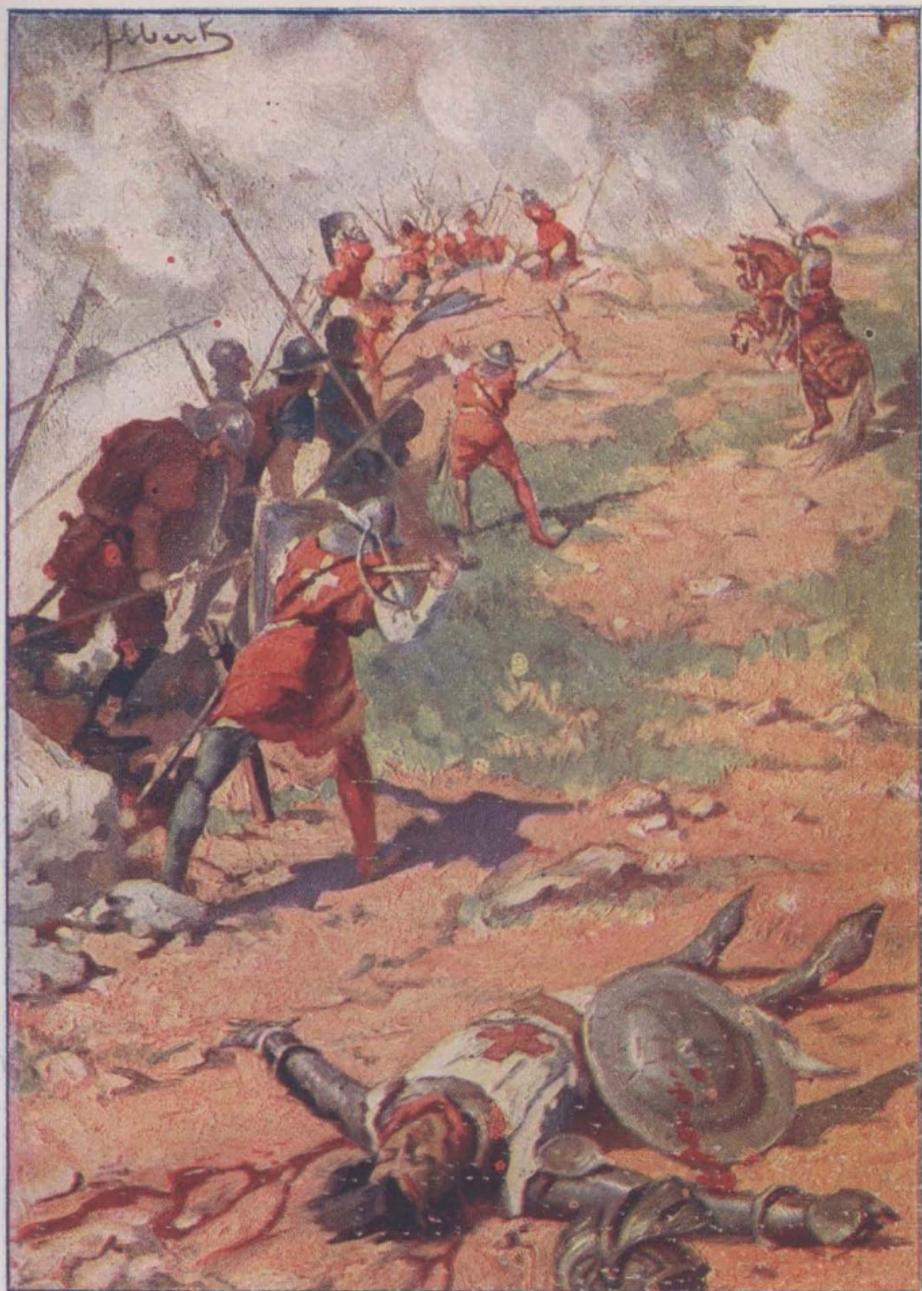
ceses se lanzaron a todo galope. Los italianos esperaron en su puesto y lanza en ristre; y como su lanz<sup>a</sup> alcanzaba más que la francesa, encontraron a sus enemigos antes que éstos los pudiesen herir. Después pusieron mano a las hachas y a los estoques y se acometieron con fiero ímpetu. Quedaron a pie dos italianos, los cuales cogiendo del suelo las armas arrojadas «acudieron a desbarrigar caballos». En una hora consiguieron los italianos echar del palenque a todos sus enemigos, menos uno que yacía muerto y otro malherido. Los jueces declararon vencedores a los italianos. Estos llevaban el dinero para rescatarse en caso de quedar rendidos; mas los franceses, siempre vanidosos, creyéndose invencibles y vencedores, no llevaban el estipulado rescate, por lo cual dispusieron los jueces que el Gran Capitán los condujese a Barleta hasta que pagasen y que entre tanto no se diera sepultura al muerto.

El ejército español, recibió entre vítores y salvas a los triunfantes italianos, y Gonzalo dió aquella noche a vencedores y vencidos un suculento banquete.

Acaeció por entonces que el castellano Al-

bornoz dió libertad, después de haberle tratado bien y exigir un módico rescate, a un caballero francés, gran amigo de La Paliza, por lo cual La Paliza invitó a Albornoz a su campo con el fin de tenerle algunos días consigo y manifestarle su agradecimiento. El castellano rehusaba la invitación ; mas el Gran Capitán le aconsejó que fuese, y de paso que se enterase de las fuerzas que había en la plaza, de su estado de defensa y del ánimo y los proyectos de la guarnición.

Fué Albornoz a Rubo, que ésta era la plaza que guarnecía La Paliza, y se enteró disimuladamente de lo que le interesaba, comunicándoselo después a Gonzalo. Rubo estaba muy bien pertrechada y defendida por ser la posición más próxima a Barleta. Gonzalo, sin intimidarse, salió un día y otro con sus gentes hacia dicha plaza como dando a entender que la iba a asaltar. Los franceses tocaron alarma y se aprestaban al combate ; mas los españoles volvían tranquilamente a sus reales sin disparar un tiro. Pasearon los nuestros varias veces las seis leguas que los separaban de la posición enemiga, fatigando así a los defensores de Rubo, que terminaron por no inquie-



...gritando : « ¡ España, España ! »



tarse al ver aquellos simulacros de asedio. Los mismos españoles se llegaron a quejar de aquellas marchas cuya finalidad no comprendían.

Supo entonces Gonzalo que el duque de Nemours iba sobre la villa de Castellaneta que se había alzado por España y que había sido sorprendida por Pedro Navarro, y aprovechó aquella ocasión para asaltar a Rubo ya que no la podían socorrer los franceses.

Al filo de media noche ya estaban los nuestros ante la villa disponiendo el asalto. Apenas amaneció empezaron los cañones a vomitar fuego y no tardaron en abrir un ancho boquete por el que se precipitó la infantería precedida del Gran Capitán que, con la rodea en una mano y la mortífera espada en la otra, se metía por entre los enemigos, gritando: «¡ España, España!» Los franceses se defendían como leones y formaban un muro de carne muy difícil de arrollar; mas los españoles, que no conocían el miedo ni veían el peligro, terminaron por desbaratar a sus enemigos después de siete horas de combate, y entraron a saco en la fortaleza.

Grandes fueron los despojos de municio-

nes, armas, caballos y dinero que allí encontraron. Hicieron muchos y muy valiosos prisioneros, entre ellos a La Paliza, que se defendió hasta quedar muy malherido. Gonzalo dió órdenes severas para que se respetase a las mujeres, volvió a la plaza cargado de un rico botín y seguido de gran número de prisioneros, militares y civiles. Libertó a las mujeres sin rescate alguno, y a los hombres por módico precio. Mandó para que bogasen en las galeras de Lezcano a los soldados franceses, excepto a los que eran oficiales; y dispuso que se curara y atendiera con todo esmero a La Paliza.

El duque de Nemours, avisado del peligro que corría Rubo antes que pudiese tomar a Castellaneta, voló a socorrer a los sitiados, con lo cual ni ganó la plaza que atacaba ni amparó la que tomaron los españoles.

Quejábanse algunos oficiales franceses de la severidad con que habían sido condenados a galeras los soldados. Lo supo el Gran Capitán y dijo:

—Que den gracias al cielo; pues siendo tomados por asalto, el no pasarlos a cuchillo es un favor que deben reconocer.



## CAPITULO VI

## CERIÑOLA



Siete meses hacía que Gonzalo de Córdoba estaba retraído en Barleta sin que nadie fuese en su socorro ; antes murmurando muchos de él tanto en Italia como en España. Sólo la gran reina Católica le seguía defendiendo en público y en privado, diciendo que suspendiesen el juicio hasta el fin de aquel negocio. Tan crudamente se expresaron un día los magnates, en especial los parientes del Rey, que doña Isabel se vió precisada a decir con entereza :

—¿Sabéis cuál es mi criterio en este asunto? Que lo que no pueda hacer el Gran Capitán ningún otro de todos nuestros reinos y señoríos lo hará. Los que en las cosas del Gran Capitán hablan siniestramente es de pura envidia.

—Y yo defenderé con mi persona a quien lo contrario dijere—se apresuró a confirmar el Condestable de Castilla don Bernardino de Velasco.

Con la toma de Rubo, la victoria de Lezcano y la llegada de dos mil alemanes a Barleta iba trocándose la situación de los españoles, por lo que Gonzalo se decidió a salir de la plaza, donde escaseaban los víveres y se empezaba a extender la peste. Mandó venir a Navarro y a Herrera, que guarnecían otros sitios, y avisó al duque de Nemours de su propósito. Celebró consejo de nobles y oficiales, y todos a una dijeron que debían ir a buscar a sus enemigos y darles la batalla. Oído este parecer por Gonzalo, se levantó y les habló así:

—Mi opinión es muy otra de la vuestra. Nunca Dios quiera que vayamos a buscar a los franceses para luchar con ellos y derra-

mar sangre de cristianos, redimida por la de nuestro Redentor. Vayamos derechos a la villa de Ceriñola ; y si ellos nos acometen, estamos obligados a defendernos por ley divina y humana. Prevenid la gente y los bagajes, que saldremos mañana al amanecer.

Al día siguiente «se levantó el Gran Capitán muy de mañana y oyó misa con muy grande devoción, según su diaria costumbre, y oyéndola derramó muchas lágrimas, que a todos aquellos señores y capitanes hizo enternecer».

Salieron todos en muy buen orden de aquella fortaleza que inmortalizaron con sus hazañas y sus padecimientos, y llegaron a Canosa, donde hicieron noche. Antes de entregarse al reposo, llamó Gonzalo al inteligente y decidido oficial Luis de Pernía y le dijo :

—Pernía, idos y amaneced sobre el campo de los franceses, y avisadme de lo que hacen y qué camino toman ; y llevad con vos los jinetes que os parecieren.

Antes de amanecer el siguiente día ya se recibió el aviso de que los franceses empezaban a caminar ; poco después llegó otro jine-

te participando que todo el ejército enemigo marchaba hacia Ceriñola.

También los españoles levantaron su campo y se dirigieron a Ceriñola, que distaba diez y siete millas. El terreno que atravesaban era seco y arenoso, y el calor del día sofocante. Los hombres y las bestias se caían de sed y de cansancio. El Gran Capitán los animaba a todos con el ejemplo y la palabra ; mas no pudo evitar el que desertasen algunos, ya agobiados por la marcha penosa, ya temerosos de la futura suerte, pues habían propalado que el ejército francés, más numeroso y mejor pertrechado, iba en su alcance con mucho orden.

Los dos mil alemanes se pararon en pleno campo y dijeron que no podían resistir aquel fatigoso camino si no se les daba de beber y alguna comida. Avisaron del contratiempo al Gran Capitán y éste preguntó :

—¿Pero no hay agua?

—Se agotaron ya todos los odres que llenamos en el río Ofanto—le fué respondido.

—Pues es necesario que avance esa gente.

—Mi capitán—dijo Paredes—, yo me en-

cargo de meterlos en Ceriñola con la punta de la lanza, si es preciso.

—Señor de Paredes—replicó Gonzalo—, son nuestros fieles auxiliares y debemos tratarlos con humanidad, pues ya han muerto de sed cuarenta y siete de ellos.

—Barruntando yo lo que con estos advenedizos nos podía suceder—agregó Medina—y para salir de tal apuro, traigo ahí cuatro carretas, cargadas de bizcocho y de muy buen vino.

—Medina, vos sois hoy el vencedor de esta batalla—le respondió Gonzalo radiante de alegría.

Dieron bizcocho y vino a los alemanes, y una vez satisfechos, dijo su capitán :

—Ahora ponednos en la vanguardia, que ya no tememos a todo el ejército francés que se nos venga encima.

Como el ansia de Gonzalo era llegar antes que los franceses a un sitio en donde había de asentar sus tropas, no cesaba de animar a unos y a otros para que avanzasen. Mas viendo que el cansancio los rendía, ordenó que cada jinete llevara a la grupa un peón, y él dió el ejemplo llevando un oficial alemán.

Llegaron por fin los españoles al cerco de Ceriñola, en cuyas laderas había plantados muchos viñedos, defendidos por un foso. Allí encontraron agua fresca y abundante, a la que acudieron sin atender a las voces de mando de sus jefes, que no pudieron restablecer la disciplina hasta que todos hubieron refrescado. Después se pusieron inmediatamente a agrandar el foso, y con la tierra que sacaban de él levantaron un parapeto de bastante altura, guarneciéndole con puntiagudas estacas para que contuviesen la caballería francesa.

Todo era actividad y movimiento en el campo de los españoles, y nadie atendía ya a otra cosa sino a fortificar la posición y disponerse para la defensa, cuando se vieron a lo lejos las tropas enemigas que a intervalos reflejaban el sol entre nubes de polvo.

Sonaron los clarines por el campamento, y todos los batallones se fueron colocando por el orden que les dictaba el Gran Capitán, el cual dividió a sus siete mil hombres en tres cuerpos. Colocó en la retaguardia a Diego de Vera con las trece piezas de artillería. Dió la orden de que se situasen en el centro los dos

mil alemanes; pero no tardó en volver el trompeta, diciendo:

—Señor el jefe de los alemanes se niega a acatar la orden si no se la dáis escrita y firmada de vuestro puño y letra.

—Llevalle mi anillo, que para el caso es igual—dijo el Gran Capitán, entregando el anillo al trompeta.

Pocos momentos después volvió el trompeta al galope, exclamando:

—No quieren el anillo. Quieren el papel escrito y firmado por vos.

Hubo que acceder a tan singular petición, con lo que se colocaron los alemanes en su puesto, decididos a cumplir como valientes. El Gran Capitán se acercó a ellos, los animó a confiar en la victoria y les dijo:

—Os adelantaréis de doscientos en doscientos para rociar al enemigo con vuestros arcabuces. Los piqueros que esperen, por si es necesario acudir al foso.

—Así haremos, Gran Capitán—dijo el jefe teutón, doblando cuidadosamente la orden y metiéndola en el bolsillo.

El cuerpo de los españoles, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba, se colocó en el

ala derecha y mirando a la villa de Ceriñola. El ala izquierda se defendió con un tercer cuerpo a las órdenes de Pedro Navarro y de Diego García de Paredes. Se flanquearon los extremos con los hombres de armas, divididos en dos secciones: una capitaneada por Diego de Mendoza, y otra por Próspero Colonna. A Fabricio Colonna y a Pedro de Paz se los comisionó para que maniobrasen fuera del viñedo con la caballería ligera y molestasen la vanguardia enemiga.

Aunque los franceses habían ya llegado con su ejército, no daban señales de acometer. La razón era porque había entre ellos pareceres distintos. El duque de Nemours opinaba porque se difiriese el ataque para el día próximo; mas Alegre, Luis de Ars, Chandieu y otros oficiales se mantenían en el propósito de atacar entonces mismo, creyendo asir ya la victoria con la mano, y teniendo por seguro que en muy poco tiempo y sin dificultad habían de concluir con aquel reducido número de enemigos mal alimentados, sin elementos de combate y sin bríos para resistir después de tan fatigosa jornada.

Molestado ya el duque por las instancias

de los suyos y por haberles oído algunas frases que tendían a desdorar su honor y su competencia, les dijo :

—Pues bien, pelearemos de noche y veremos si los que ahora se muestran más arrogantes no hacen después más uso de las espuelas que de las espadas.

Todos los historiadores asientan que el número de soldados franceses era mucho mayor que el de los españoles. Algunos cronistas afirman que no bajaban de treinta mil franceses.

Engreídos, pues, con el mayor número de fuerzas y con la superioridad de los elementos de combate, dieron la señal de acometer, yendo el duque de Nemours a la vanguardia, seguido de Chandieu, que mandaba cuatro mil suizos, y de Alegre, que guiaba la caballería ligera.

El tiempo que emplearon los franceses en discutir, lo aprovechó muy bien Gonzalo en ultimar los preparativos de la defensa. Dijo a los suyos que la contraseña fuese «¡ Santiago !» ; mas uno de los espías se apresuró a indicarle :

—Señor, la misma contraseña traen los franceses.

—¡No les basta tomarnos la tierra sino que también quieren tomarnos el santo!—dijo el Gran Capitán—. Sea Santiago, que cierto lo tendremos en nuestra ayuda.

En esto oyó que a sus espaldas decía Paredes a grandes voces :

—¡Pues yo bebo por el duque y por los cien mejores caballeros franceses !

—¿Qué sucede?—preguntó Gonzalo, dirigiéndose al que así hablaba.

—¿No oye, mi capitán—respondió Paredes—, que esos gabachos cada vez que beben para refrescar dicen : «Yo bebo por treinta canallas ! ¡ Yo por veinte ! ¡ Yo por quince !» Ninguno bebe por menos de diez.

—En verdad que eso dicen y se les oye muy bien desde aquí, pues no distan cuatrocientos pasos. Esperemos que hablen las espadas, no las lenguas ; así, pues, señor de Paredes, hoy o seamos vencedores o quedamos en este campo como buenos.

—Ellos morirán y nosotros viviremos ; a las obras me remito—respondió Paredes.

—Señor—se acercó a decir al Gran Capitán

tán su tío, Diego de Arévalo—, montaos en este mi caballo blanco, que tiene mucha furia y es muy revuelto y se llama Santiago.

—Lo tomaré, aunque no sea más que por el nombre que lleva.

—Os ruego, además—prosiguió el tío—, que os cubráis la cara, porque vais muy señalado.

—Señor tío, los que tienen el cargo que yo y tal día como hoy no se han de cubrir el rostro. Voy todo de blanco y a cara descubierta para que amigos y enemigos me reconozcan.

A este tiempo ya avanzaban los franceses, no muy bien ordenados, aunque sí muy seguros del triunfo. Gonzalo recorrió los escuadrones animándolos y llamando a los jefes por su nombre, como solía hacer.

Empezó a tronar la artillería francesa, mas los tiros llevaban mala dirección y pasaban por alto. La artillería española hizo varias descargas muy certeras y mortíferas. De pronto una gran llamarada iluminó todo el campo, y atronó el aire un gran estampido.

—¡ Señor, señor—vino a decir el artillero

Leonardo Alejo muy espantado—, la pólvora se prendió y se quemó toda, sólo tiene carga un cañón pedrero!

—Ninguna cosa pudiera oír en esta ocasión—dijo el Gran Capitán—que más me alegrara. Buen ánimo, amigos, sabed que esas son las luminarias de la victoria.

El duque de Nemours, al frente de sus hombres de armas, arremetía en aquel momento la izquierda española; pero todos sus bríos se estrellaron ante el foso y ante las puntiagudas estacas que le defendían, donde se hundían y clavaban los más intrépidos. Corrió de un lado para otro buscando entrada y sirviendo de certero blanco a la terrible infantería que mandaba Paredes. Pasó a otro paraje por ver si estaba menos defendido y allí se encontró con las nutridas descargas de la escopetería alemana, cayendo muerto de un tiro con cuyo accidente se desbandaron los suyos, que empezaron a huir.

Chandieu hizo todos los esfuerzos posibles para forzar la barrera; pero los arcabuces españoles y las picas alemanas mataron a

casi todos los cuatro mil suizos con sus jefes, sin exceptuar al mismo Chandieu.

Entre tanto el Gran Capitán recorría las filas animando a los suyos y desbaratando a los franceses, y llevó su arrojo hasta meterse por medio de un escuadrón de borgoñones, gritando: «¡ España! ¡ Victoria! ¡ Santiago!» Llegó adonde estaba el alférez y de una cuchillada le cortó el brazo y le quitó la bandera, que entregó a Alonso Pérez, uno de los caballeros que le asistían.

En las filas enemigas faltaban ya los principales jefes, por lo que todo era confusión y desorden. Gonzalo, comprendiendo la gran ventaja de los suyos y la desmoralización del enemigo, gritó:

—¡ Navarro, Paredes, los Colonnas, Pizarro, Zamudio, Medina, todos a ellos! ¡ Avancen, que nuestra es la victoria! ¡ España y Santiago!

—¡ Santiago, y a ellos!—gritaban los españoles con voces estentóreas y saliendo de sus reparos como leones, precedidos del Gran Capitán.

Los franceses trataron aún de resistirse, escudados por la retaguardia: pero los nues-

tros los acometían y acuchillaban con tanta furia que no los dejaron reorganizarse, sino que, rotos y dispersos, se declararon en franca y vertiginosa fuga, debiendo a las sombras de la noche, que ya se extendían por el campo, el no sufrir las terribles consecuencias de una sangrienta persecución.

La batalla no había durado más de media hora. Murieron en ella más de cuatro mil franceses. Las bajas españolas apenas llegaron a ciento; algunos historiadores no las hacen pasar de veinte.

Los Colonnas, con sus jinetes, corrieron hacia el real enemigo, apoderándose del cuantioso botín que allí había. Llegaron a la tienda del duque de Nemours, donde encontraron una sabrosa y abundante cena, que los franceses habían mandado preparar para celebrar el triunfo. Los Colonnas se la hicieron servir en vajilla de plata dorada, que también había allí, y durmieron luego tranquilamente en muy cómodos y ricos lechos. Con el entusiasmo de la victoria no se les ocurrió pasar a su jefe aviso del lugar de su estancia, por lo cual Gonzalo pasó una mala noche, llorándolos por muertos. Mas al otro día, de

madrugada, se fueron adonde había pernoctado el Gran Capitán, y le dijeron con grandes muestras de regocijo :

—Mejor supimos nosotros gozar de la victoria que vuestra señoría, pues cenamos muy espléndidamente y dormimos en muy buena cama.

—Los felicito por ello, aunque me han dado una mala noche. ¿Tienen alguna noticia del duque de Nemours? Mucho desearía saber la suerte que corrió.

—Habrá huído—respondió Próspero— como huyeron Alegre y otros, usando más de las espuelas que de las espadas.

—Tengo por seguro que el duque no huyó ; debe hallarse tendido en el campo—dijo el Gran Capitán con acento de convicción.

Aquella noche, durante la cena se volvió a insistir sobre el paradero del duque. Un oficial francés que allí estaba no supo dar noticia alguna ; mas al poco tiempo llamó hacia sí a uno de los pajes que servían la cena y, fijándose en él, dijo :

—Señores, una de las prendas que usa este paje tiene las armas del duque.

—El Gran Capitán se levantó de la mesa,

se acercó al paje, que era uno de los suyos, y le preguntó :

—Dime, Vargas—que éste era su nombre—, ¿dónde hubiste esa prenda?

—Señor, yendo un caballero, del cual era esta ropa, herido y caído sobre el arzón del caballo, llegué yo, le tiré al suelo y le acabé de matar ; y desnudándole aquella ropa que me pareció buena, acudió un soldado y me la llevó casi toda.

—¿Sabrás mostrarnos dónde cayó ese noble?—preguntó Gonzalo con interés.

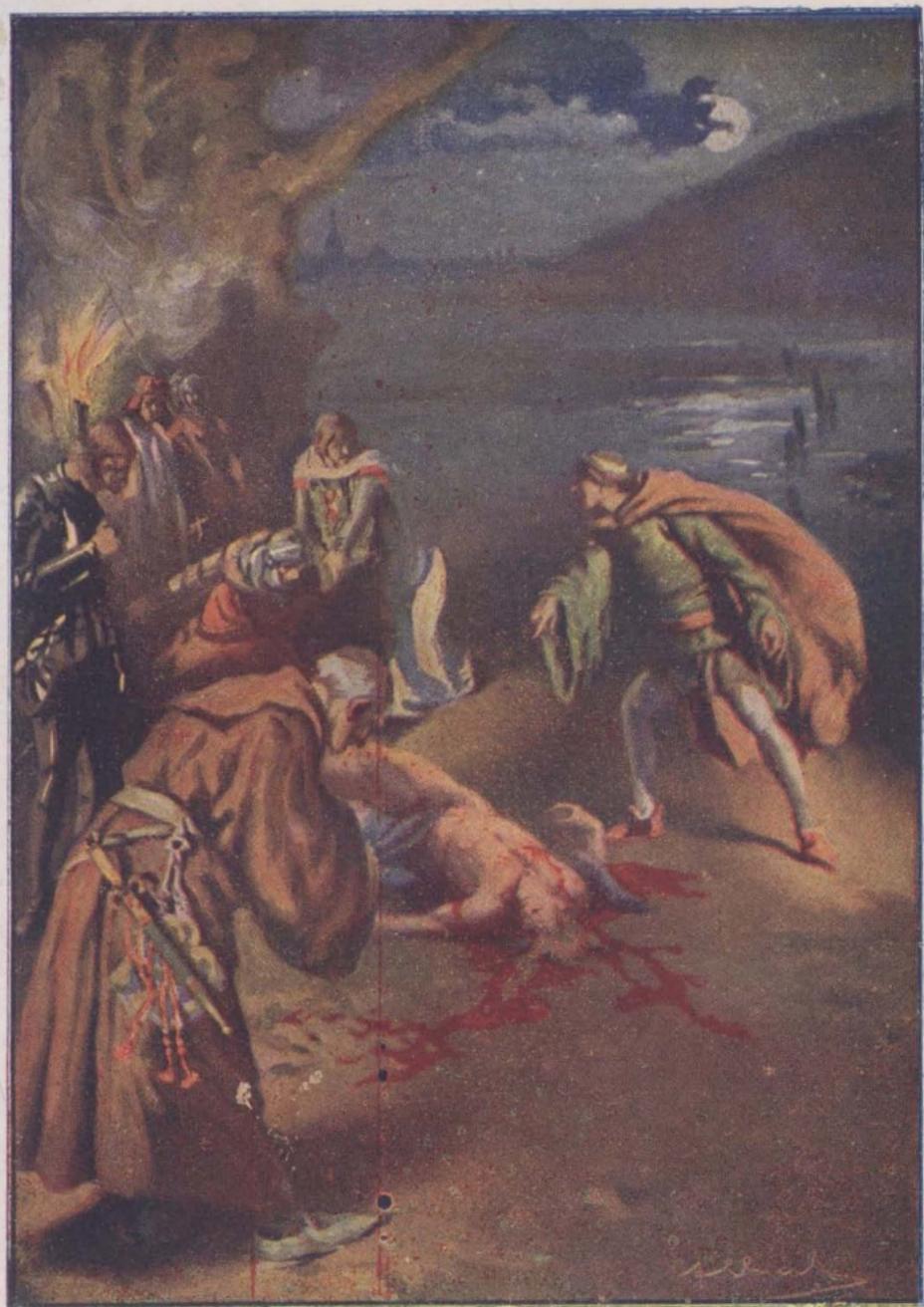
—Sí, señor—repuso Vargas.

Salieron todos con hachones encendidos, y llegados ante un cadáver completamente desnudo, dijo Vargas :

—Este es.

—Es mi señor el duque, sin duda alguna, confirmó un paje del mismo duque, que allí iba y que reconoció el cadáver por un lunar que en la espalda tenía.

Gonzalo derramó «muy tiernas lágrimas» ante el cadáver de su noble enemigo, mandó que le retirasen con todas las atenciones debidas y que al día siguiente todo el clero de los contornos celebrase misa por él y le con-



...y llegados ante un cadáver completamente desnudo...



dujese a Barleta con la mayor solemnidad posible. Cuando más tarde supo el rey de Francia tal generosidad, exclamó lleno de agradecimiento :

—No tengo por afrenta ser vencido por el Gran Capitán de España, porque merece que Dios le dé aún lo que no fuere suyo.

## CAPITULO VII

## GARELLANO



El triunfo de Ceriñola valió a los españoles la sumisión de las provincias limítrofes, por lo que marcharon inmediatamente sobre Nápoles donde entraron triunfalmente y donde rindieron, después de muy enconada lucha, los castillos que aun quedaban por los franceses.

El Gran Capitán ya había dejado a los suyos que en Ceriñola se repartiesen su tesoro particular y el cuantioso botín que allí recogieron, y lo mismo hizo en Nápoles, dejando

que entrasen a saco en los dos castillos, que contenían inmensas riquezas, atesoradas por los franceses ; mas como no todos los soldados tuvieron igual fortuna en el saqueo, y las pagas que se les debían eran muchas, no faltó quien se quejase de su negra suerte. Oído lo cual dijo Gonzalo.

—Idos a mi casa, ponedla toda a saco y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna.

La soldadesca se encaminó al palacio del príncipe de Salerno, donde se alojaba su capitán, y lo saqueó todo sin dejar ni las cortinas.

Mientras los nuestros gozaban del triunfo, los franceses, humillados en Ceriñola, buscaban el desquite. Para lavar su afrenta y expulsar a los españoles de Italia, levantaron tres numerosos y bien provistos ejércitos : dos para que entrasen en España, los cuales fracasaron ; y el tercero para que marchase sobre Italia. A los tres ejércitos sumaron dos armadas que habían de dominar el Mediterráneo. En el ejército que marchó contra el Gran Capitán se alistaron los más nobles y más afamados caballeros a las órdenes del

mariscal La Tremouille, reconocido por todos como el mejor y más competente. Formaban el núcleo de este ejército un brillante cuerpo de infantería suiza, otro de escogida caballería francesa, el mejor tren de artillería que hasta entonces se había visto en Europa, compuesto de treinta y seis cañones gruesos y otros muchos de menor calibre. Escoltaban la artillería seiscientos hombres de armas vestidos con arneses dorados y escogidos entre la nobleza. Tan distinguido batallón había jurado a su Rey morir antes que separarse de la artillería. La suma total de este ejército era de treinta mil hombres, sin incluir borgoñones y gascones, y sin contar los italianos que después se les fueron agregando, creyéndolos invencibles.

Tal confianza inspiraba a La Tremouille su lucido ejército que dijo, lleno de orgullo y esperanzas :

—Daría yo veinte mil ducados por hallar al Gran Capitán en el campo de Viterbo.

A lo que replicó irónicamente el embajador de España en Venecia y deudo de Gonzalo, Lorenzo Suárez :

—El duque de Nemours hubiera dado el

doble por no haberle encontrado en el campo de Ceriñola.

Mientras los franceses atravesaban el reino de Italia y se detenían en Roma, los españoles marcharon sobre Gaeta, donde se había refugiado Alegre con las reliquias de su desbaratado ejército; mas viendo que la plaza se resistía por mar y tierra y que el nuevo ejército llegaba en su socorro, se retiraron a orillas del río Garellano y fijaron sus reales en un sitio llamado San Germán, escudado por los fuertes de Monte-Casino y Roca-Seca. El ejército español, reforzado con alguna gente que le habían enviado de España y otra que acudió de diversos puntos, apenas contaba doce mil hombres.

Visto por el Gran Capitán que se acercaban los franceses y que su primer intento había de ser apoderarse de Roca-Seca, llamó a Villalba, Zamudio, Pizarro, Mercado y Espés y les dijo:

—Escoged tres mil hombres de vuestro gusto y marchaos a guarnecer la villa de Roca-Seca. Mirad que os envío a vosotros cinco porque sé que en calidad, esfuerzo y valentía valéis más que todos cuantos franceses

vienen de Francia. Tengo creído que si a vosotros solos enviase, bastaríais para defender aquella plaza.

—Sabremos cumplir con nuestro deber— respondieron los valientes, disponiéndose a marchar de guarnición a su puesto.

Gonzalo recorrió después las aldeas vecinas, animándolas y ofreciéndoles su apoyo. Y sabiendo que los pusilánimes esparcían la voz de las muchas y muy poderosas fuerzas que se acercaban con cuyas murmuraciones hacían gran daño en la disciplina del ejército, mandó a los espías publicar que los franceses venían desordenados, que eran gente de pocos bríos y que los más eran gascones, gente de suyo vencida, con otras cosas que dieran confianza a los soldados.

Quince días más tarde, o sea, a mediados de octubre de 1503, llegó todo el ejército francés ante Roca-Seca. Iba ya a las órdenes del duque de Mantua, pues había muerto La Tremouille. Se detuvieron todos ante la fortaleza, y el de Mantua envió allá un heraldo a quien él apreciaba más que a otro alguno. Subió el heraldo y aproximándose al fuerte, dijo a sus defensores :

—El muy noble señor, marqués de Mantua, capitán del poderoso ejército que veis, os intima la rendición de la plaza ; y si en esta misma hora, sin más responder, no se la entregáis, os mandará hacer piezas sin conmiseración alguna.

Estas palabras y otras que añadió el trompeta, irritaron de tal modo a los españoles, que saliendo de la villa Pizarro y Villalba le ahorcaron de un olivo con la trompeta al cuello a vista de todos los franceses.

Exasperado el enemigo con tal audacia, se aprestó a arrasar la fortaleza, y comenzó a disparar sobre ella con toda su flamante y poderosa artillería, hasta que derrumbó un gran lienzo de la muralla por el que comenzaron a introducirse miles de franceses. Los sitiados salieron entonces con tanto ímpetu y arrojo sobre ellos, que acabaron con todos los que ya había dentro y persiguieron a los que se disponían a entrar hasta empujarlos más allá de donde estaban los cañones, y éstos no cayeron entonces mismo en poder de Navarro, porque no había medios para introducirlos en la plaza.

Al día siguiente, corridos los sitiadores

por el fracaso de la víspera, determinaron que los invencibles suizos y los peones asaltasen a Roca-Seca.

Cuando los españoles vieron las nuevas fuerzas que se acercaban tan animosas y con tanto orden, empezaron a arengar a la guarnición, recordándole la confianza que en ella había puesto el Gran Capitán; mas un soldado levantó la voz y dijo:

—Animad ¡ pese a tal! a vosotros mismos, que no somos hombres que hoy y en este trance hemos de ser animados. Haced vosotros lo que a nosotros viereis hacer.

Los peones suizos acometieron acreditando bien la terrible fama de invencibles que ya tenían; pero corrieron la misma desastrosa suerte que los atacantes de la víspera. Muchos de ellos fenecieron ante las murallas, y los restantes corrieron, dejando nuevamente la artillería indefensa.

En virtud de estas dos fatales tentativas y de la incesante lluvia que convirtió el campamento en un lodazal, los franceses levantaron sus reales y se fueron a Gaeta, dejando a los seiscientos nobles de dorado arnés cumpliendo su palabra de custodiar la artillería.

Estos héroes se mantuvieron allí dos días con sus noches, sin guarecerse ni descansar ni tomar otra cosa que el agua que del cielo caía. Después engancharon veinte o treinta parejas de caballos a cada tiro de artillería y consiguieron sacarla del atolladero y conducirla a Gaeta, con gran admiración y regocijo de los otros franceses que ya daban la artillería por perdida y a los seiscientos nobles por muertos, como así hubiera sucedido de enterarse los españoles.

Supo Gonzalo el asedio de Roca-Seca y se dispuso a marchar en su socorro; pero llegando esta noticia a oídos de Navarro, Villalba y demás valientes, le enviaron un trompeta que dijo ante el Gran Capitán y un numeroso grupo de oficiales y soldados:

—Los muy valientes capitanes y esforzados soldados que están en Roca-Seca me envían a vuestra señoría para hacerle saber que están informados de que intenta ir a socorrerlos, y le participan que si tal hace lo tendrán por mucha afrenta, pues aún sobran allá quinientos hombres.

—No esperaba yo menos de vosotros—contestó Gonzalo—. Y por lo que vosotros hi-

cisteis, ya habrán comprendido los franceses lo que aquí les aguarda. De todos modos iremos a Rosa-Seca, no para reforzar la guarnición sino para saludarla y felicitarla.

Los franceses deliberaron en Gaeta sobre el partido que debían tomar, y pues llevaban consigo la flor de sus caballeros y eran más de tres por cada español y toda Europa fijaba en ellos sus ojos, decidieron ir a dar la batalla al Gran Capitán, marchando a su encuentro y fijando sus tiendas en Aquino, a seis leguas de San Germán. Lo supo Gonzalo, y envió allá a Antonio de Colonna a proponerles el combate. Los franceses recibieron muy bien a Colonna y éste les dijo de parte de su jefe que se holgaba mucho de verlos allí y que se holgaría más de admirar su valor y la gallardía de sus personas, que les rogaba aceptasen el combate donde ellos quisiesen y, a ser posible, pronto, a fin de no causar extorsiones a los pueblos que ninguna culpa tenían.

—Ya hicimos presente a nuestro Rey y lo volvemos a repetir—dijo el de Mantua—que nuestros anteriores generales fueron de poco ánimo y esfuerzo. Nosotros venimos dispues-

tos a prender al Gran Capitán y a expulsar de Italia al puñado de hombres que consigo trae.

—Las cosas se dicen más fácilmente que se hacen—respondió Colonna—. Por lo que respecta a los primeros capitanes, certifico que tuvieron industria y valor y que anduvieron prudentes y acertados; mas los españoles los aventajaron en todo esto.

—Pues dentro de tres días probaréis a vuestra costa cuán mejores son los nuevos capitanes.

—Aceptado. Los españoles son los mismos y de la misma calidad que los de Roca-Seca.

Mucho se alegró el Gran Capitán de que los enemigos aceptasen la batalla, y así se lo participó a los suyos que con gran ánimo se empezaron a disponer para ella; y, «venido el jueves, todos se aparejaron para el otro día dar la batalla; y esa noche toda se gastó en confesar, comulgar y hacer testamentos». Antes del alba salieron para Aquino, adonde llegaron al amanecer, sin encontrar allí a los franceses. Los esperaron, y viendo que no parecían, dieron una vuelta triunfal por el campo y volvieron a sus reales.

Los franceses en lugar de acudir a la cita y cumplir su palabra, habían pasado aquella noche el río Garellano y descendían por su margen para echar más abajo un puente y cruzar el río por donde estaba el campamento español. Gonzalo, que se enteró luego de todo, destacó a Paz con alguna caballería ligera para que hostigase al enemigo. Apenas los franceses hicieron alto y se pusieron a la obra de tender el puente, un destacamento español abrió una zanja en la opuesta orilla y desde allí los hostilizaba sin cesar.

El capitán español fijó sus reales frente por frente, aunque el terreno era más bajo y fangoso y estaba dominado por la artillería francesa. El enemigo trajo quince lanchones para hacer un cómodo paso y montó allí numerosa guardia. Los nuestros por su parte guarnecieron su orilla con cuatrocientos italianos.

Las torrenciales lluvias que caían sin cesar en aquel mes de noviembre, sacaron el río de madre y llenaron de agua y humedad el campamento español. Los soldados caían enfermos, y los jefes empezaron a lamentarse de tanta insalubridad, y elevaron sus que-

jas al jefe español, proponiéndole retirarse de allí e ir a invernar a Capúa, a lo que él contestó :

—Permanecer aquí es lo que conviene al mejor servicio del Rey y al logro de la victoria. Nunca Dios quiera que la fortuna o la adversidad me hagan retroceder. Prefiero ganar tres pasos adelante, aunque sea para mi sepultura, que tornar dos solos atrás para mi remedio. Os sé decir que aun cuando todos os fuéseis y dejáseis sola mi persona, quedaría aquí hasta acabar esta jornada o acabar la vida.

La severidad de la respuesta convenció a jefes y soldados de que no les quedaba otro remedio más que sufrir y esperar ; y el ejemplo de su capitán, acomodándose a todas las penalidades, los hacía enmudecer.

Los franceses, que de continuo recibían en su campo gentes y bastimentos, pues todos esperaban que saliesen vencedores, lograron, por fin, tirar el puente y le comenzaron a pasar con gran valentía, arremetiendo contra los italianos que le defendían, haciéndolos huir y quitándoles dos falconetes. Lo vió el jefe español, y llamando a sus capitanes, Pa-

redes, los Colonnas, Escalada y otros, corrió hacia el puente, gritando :

—¡ O los falconetes han de volver luego acá o todos hemos de quedar allá con ellos muertos !

Con tanto arrojo se precipitaron los españoles sobre el puente, que los enemigos retrocedieron espantados. Gonzalo y Paredes iban delante atropellándolos con tanta furia que los metieron hasta el campamento, recuperando allí los cañones. Como los franceses que huían se encontraban con los que acudían en su socorro, fué muy grande la mortandad que padecieron, llegando sus bajas casi a dos mil. El abanderado español perdió las dos manos y retuvo la bandera con los codos y los dientes. Aunque la escaramuza fué de corta duración, resultó tan enconada que el mismo Paredes decía no haber visto cosa igual. El marqués de Mantua quedó aterrado. Había dicho repetidas veces, mirando con desprecio al campo de los españoles y dirigiéndose a Alegre y a La Paliza :

—¡ No sé cómo os dejasteis vencer en Ceriñola por esa canalla.

En esta ocasión le dijo La Paliza a grandes voces :

—Magnífico, señor, esos son los mismos de Ceriñola. Me parece que ya empiezan a burlarse de vos y que antes de poco hemos de ser todos iguales.

—Esos no son hombres, son fieras—replicó el de Mantua.

Una mañana, al rayar el día observó Gonzalo mucha actividad en el campo enemigo, y no tardó en ver que los franceses acudían a pasar el puente. Miró a los suyos, que eran quinientas lanzas, quinientos peones y los alemanes, y le parecieron más que suficientes para el caso. Dejó que pasasen mil quinientos franceses y envió contra ellos la caballería y los infantes, diciendo :

—Yo quedaré aquí sin moverme de este mismo lugar en donde me veis hasta que volváis triunfantes o vaya a juntarme a vosotros. Haced todos lo que veáis hacer a García de Paredes, Espinosa, Coello y Paz.

—¡Pese a tal con García de Paredes ! Más de dos Garcías veréis hoy que vamos aquí—replicó un soldado.

A su vez el de Mantua preguntó a Alegre :

—¿Esos canallas pertenecen a los que os desbarataron en Ceriñola y os echaron del reino?

—Sí—respondió Alegre—, creo que son los mismos. Ahora verá su señoría cómo tratan a los que pasaron el puente, aunque son más y los mejores de nuestro ejército.

Los mil españoles avanzaron a paso de carga contra el enemigo y le acometieron con empuje. De una y otra parte se peleaba encarnizadamente, mas sin decidirse el triunfo.

—¿No veis al Gran Capitán que nos observa desde su puesto y que nos aguarda?—gritó Paredes—. Acabemos pronto y no le hagamos esperar.

Los soldados miraron hacia donde quedaba el Gran Capitán, y al verle inmóvil y en el mismo sitio en que le habían dejado, sintieron dobladas fuerzas y con tanto coraje se echaron sobre los franceses que los hicieron retroceder hacia el puente.

—¡Cortarles la retirada!—rugió Espinosa.

Un pelotón de jinetes corrió a ocupar el extremo del puente, evitando la salida de nuevos refuerzos y cortando la retirada a los que

cedían, con cuya providencia lograron que no se escapase ninguno de los mil quinientos : todos parecieron, unos por el hierro de los españoles y otros ahogados en el río con la pesadumbre de sus armas.

El Gran Capitán, que no se había movido de su puesto ni poco ni mucho a pesar de las muchas balas que junto a él pasaban matando a varios de su guardia y que al decir de los alemanes parecía un cuerpo encantado e invulnerable, creyó llegada la ocasión de acudir a la refriega. Enardecidos los nuestros con su presencia, acometieron el puente sin reparar en que al lado opuesto había enfocados seis cañones que disparaban sin cesar sobre los que allí se acercaban. El grueso de las tropas francesas estaba ya sobre el puente, mas los nuestros reforzados por algunas compañías, que despreciando el fuego de los cañones acudían a la lid, avanzaron matando y arrojando al río a cuantos franceses encontraban por delante ; y pasando por encima de muertos y heridos, llegaron hasta los cañones, matando a los artilleros que se descuidaron en huir. El mismo marqués de Mantua, en lugar de ponerse al frente de los su-

yos, corrió a resguardar su persona. Con igual propósito marcharon tras él Alegre y La Paliza, diciéndole :

—Volveos, señor, y veréis de cerca a los que nos desbarataron en Ceriñola.

Esta acción fué tan reñida como la que se entabló por recobrar los falconetes. Las proezas que hicieron los capitanes españoles aquel día rayaron a la altura de su fama. Lo que hizo García de Paredes, dice un cronista que «ni palabras bastan para lo contar ni razones para lo dar a entender. Traía una grande alabarda que partía por medio al francés que una vez alcanzaba ; y todos le dejaban desembarazado el camino. A dos artilleros partió por medio hasta los dientes, de lo que el marqués estaba espantado».

El Gran Capitán, Navarro y Mendoza decían que las acciones en que más estragos había hecho por sí mismo eran la de Ceriñola, la de los falconetes y ésta.

Quería Gonzalo volver a poner la guardia que defendiera el puente ; mas Paredes le dijo :

—Señor, ya no tenemos enemigos con



...y cogiendo un montante se metió por el puente...



quien combatir sino con la artillería ; mejor será excusar la guardia.

—Señor García de Paredes—repuso Gonzalo—, pues Dios no puso miedo en vos, no lo pongáis vos en mí.

—Seguro está vuestro campo de miedo si no entra en él más que el que yo inspirare—dijo Paredes, picado hasta lo más vivo.

E inmediatamente se apeó, se puso un yelmo y cogiendo un montante se metió por el puente. Los enemigos creyeron que iba a parlamentar, y salieron hacia él, que los acometió con bravura. Acudieron a sostenerle varios españoles y sólo se retiraron cuando Paredes creyó que su ira y su honra estaban satisfechas.

Los franceses entre tanto vivían divididos y achacaban sus desastres al marqués de Mantua, el cual, pretextando que sufría unas calenturas, renunció a la dirección del ejército y fué substituído por el marqués de Saluzo, con lo que tampoco se calmaron los ánimos ni se desvanecieron las escisiones.

Por el contrario, el Gran Capitán tenía muy afecta y disciplinada su gente, y con su hábil política logró conciliar a la familia de

los Ursinos con los Colonnas, recibieron un socorro del ursino Bartolomé Albiano, que llegó con tres mil hombres y le animó a atacar a los franceses, echando un puente tres millas más arriba y pasándole con todo sigilo.

Gonzalo aplaudió la idea, y el nuevo capitán fué a tenderlo con barcas, ruedas de carros y barriles.

Al anochecer del día en que empezaron a tender el puente, llamó el Gran Capitán a Coello y le dijo :

—Ya sabéis que muchos caballeros franceses pernoctan en los pueblos vecinos ; pues bien, estoy enterado de que esta noche desde el pueblo de Los Fratres bajarán hacia su campamento cuatrocientos caballeros franceses ; es preciso desbaratarlos. Escoged trescientos peones y marchad a emboscaros y a esperar al enemigo en una quebrada que hay antes de bajar al llano.

Después de dar esta orden, llamó a Escalada y le envió con ochenta peones a otro pueblo donde residían muchos caballeros franceses.

Los dos enviados cumplieron tan bien su

cometido que al día siguiente se presentaron en nuestro campo coronados por la victoria y con todos los peones montados y bien armados a costa de los franceses.

La noche del 27 de diciembre de 1503 quedó ultimado el puente. El Gran Capitán esperaba pasarlo antes del amanecer del día próximo; mas se le presentaron allí inesperadamente quinientos españoles, que andaban huídos por falta de pagas y sobra de penalidades en el campamento, y que vivían por aquellos montes. Pidieron al jefe español que les permitiese lavar su deshonra pasando los primeros el puente y marchando en primera línea contra el enemigo. Estando el Gran Capitán diciéndoles frases de perdón y aliento, y sin que nadie diese orden alguna, llegó allí el cuerpo de alemanes, creídos de que surgía algún contratiempo y ofreciéndose para todo.

—Pues que aquí acuden tantos y tan animosos, pasemos ahora mismo—dijo el Gran Capitán.

Pasaron la vanguardia y el centro, y quedó la retaguardia a las órdenes de Andrade para embestir el puente de los franceses y

atravesar el río por allí. Al amanecer avanzaron los españoles en orden de batalla hacia el campamento enemigo. Tan grande fué la sorpresa de los franceses que, sin tiempo para organizarse y resistir, desampararon el campo y huyeron mal ordenados hacia Gaeta. Cuando los nuestros llegaron al real del enemigo se apoderaron de la gran cantidad de víveres y municiones que allí había, se unieron a la retaguardia que pasó el puente sin dificultad, y continuaron al alcance de los franceses, acosándolos y diezmándolos; y aunque trataron de hacerse fuertes en Mola, su resistencia allí sólo sirvió para acabar de perderlos, huyendo todos miserable y atropelladamente, dejando las banderas, el baje y los pocos cañones que aun conservaban. Todo cayó en nuestro poder.

—¡ Buena jornada hemos concluído hoy!— decía Navarro a los demás oficiales que con él cenaban en Castellone—. Un ejército que era el terror de Italia y la admiración de Europa se disipó como el humo.

—Han muerto sólo en la retirada, más de ocho mil franceses, lo han perdido todo y tienen que huir de un reino que con tanto

orgullo venían a conquistar—añadió Pare-des.

—Nuestro triunfo de hoy es uno de los más admirables y gloriosos que registrará la historia—prosiguió Andrade.

—Es el triunfo de la justicia de nuestra causa, y el fruto de cincuenta días de privaciones y sufrimientos a orillas del Garellano —confirmó el Gran Capitán.

## CAPITULO VIII

## LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN



Los restos del malparado ejército francés marcharon a refugiarse en Gaeta ; pero iban tan desorganizados y temerosos que a pesar de las buenas condiciones de la plaza y de los barcos que la defendían, apenas se presentó allí Gonzalo a la mañana siguiente se rindieron todos, confiándose a la generosidad del vencedor, ante el cual desfilaron, desmontados los caballeros e inclinada al suelo la punta de la lanza los peones. Gonzalo suavizó su humillación consolándolos y guardándoles tantos mira-

mientos, que todos le apellidaban el gentil capitán y el gentil caballero.

La noticia de este gran desastre produjo en Francia tal consternación que toda la corte vistió de luto, y el Rey se encerró sin dejarse ver de nadie, confundido al considerar que un puñado de españoles había desbaratado su más formidable ejército y anulado todos sus planes de grandeza. Después le acometió tal acceso de ira que mandó ahorcar a todos los proveedores del ejército, desterró a los más significados caudillos de él y prohibió a los soldados que entrasen en Francia, por lo que murieron casi todos aquellos desventurados, ya errando por montes y veredas ya a manos de los campesinos.

Gonzalo de Córdoba dió inmediatamente la vuelta a Nápoles, donde se le recibió con gran pompa y regocijo, que no tardaron en convertirse en llanto a causa de una grave enfermedad que sobrevino al triunfador.

«Plugo al Señor—dice un cronista—traer al Gran Capitán a la memoria que aunque se venzan los hombres, los reinos y los reyes, que él no puede ver vencido, y también por apartarle alguna vanagloria que de las

victorias pasadas había quedado. Y la memoria que le trajo para recordárselo fueron unas grandes calenturas que de día ni de noche no le dejaban. El Papa Julio le envió por la posta dos médicos suyos muy grandes, y lo mismo hicieron todos los señores de Italia, que hubo un ayuntamiento de médicos que bastaban para matar a un hombre de acero.»

Una vez restablecido el Gran Capitán, se dió al arreglo y a la administración del Estado. Estrechó las antiguas alianzas, hizo otras nuevas, envió a sus capitanes a tomar las plazas que aun retenían los franceses y empezó a galardonar con gran desprendimientos a sus adictos. Los Colonnas, Navarro, Paredes, Mendoza y demás valientes fueron espléndidamente atendidos. Hasta los poetas disfrutaron de la generosidad de Gonzalo.

Y mientras nuestro héroe aseguraba su conquista y miraba por los intereses de su patria y de su Rey, los envidiosos le labra-  
bran en España la corona de espinas que el mundo destina para sus grandes hombres. Había muerto la reina Isabel, y las lenguas maldicientes no tenían dique alguno en la Corte. Hasta los mismos Colonnas, celosos del

favor que Gonzalo dispensaba a los Ursinos, decían al Rey que la conducta del Gran Capitán era más bien de un igual suyo que de un lugarteniente. Unos le murmuraban alegando que todo lo repartía a sus amigos; otros, que era un soberbio y un despilfarrador y no faltaba quien inventase que tenía escondidos grandes tesoros. El Rey oía todas estas murmuraciones sin atajarlas, aunque «nunca en público ni en privado habló mal del Gran Capitán».

Sabía todo esto Gonzalo y, doliéndose de tan insidiosa campaña, envió a la Corte a Juan Bautista Pinelo, hombre de muchas letras, muy amigo suyo y que conocía todos sus secretos. Mas Pinelo, llegado a España, se vendió al oro y las mercedes de los intrigantes. La misma conducta siguió Nuño de Ocampo, que vino con igual comisión y en quien fiaba mucho el Gran Capitán. No sabiendo ya Gonzalo a quien acudir para justificarse y deshacer a los ojos de su Monarca las sospechas en que le envolvían los intrigantes, se vió precisado a escribirle una muy sincera y leal carta, donde se lee lo siguiente :  
 «Por esta letra de mi mano y propia leal vo-

luntad escrita, certifico y prometo a Vuestra Majestad que no tiene persona más suya ni cierta para vivir y morir en vuestra fe y servicio que yo, y aunque Vuestra Alteza se redujese a un solo caballo y en el extremo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar, y en mi mano estuviese la potestad y autoridad del mundo, con la libertad que pudiese desear, no he de conocer ni tener en mis días otro Rey y señor sino a Vuestra Alteza, cuanto me querrá por su siervo y vasallo. En firmeza de lo cual por esta letra de mi mano escrita, lo juro a Dios como cristiano y le hago pleito homenaje de ello como caballero.»

Esta carta tranquilizó algo el ánimo del Rey y patentizó la mala fe de los intrigantes. Y tal protesta es más meritoria, porque cuando así se trataba al Gran Capitán en Castilla, solicitaban atraerle cada cual a su partido y con grandes ofertas el Archiduque de Austria, el Emperador de Alemania y el Romano Pontífice ; mas él desechó sus planes y sus halagos y se mantuvo en la lealtad y obediencia que había jurado a su rey legítimo.

Con la sentida muerte de la gran reina Isabel, heredó la corona de Castilla doña Juana, casada con el archiduque Felipe, por lo cual don Fernando se retiró a su reino de Aragón, ajustó las paces con Luis XII de Francia, casó con la sobrina de este rey, doña Germana de Fox y, encontrándose desamparado por casi todos los nobles y para no oír malas palabras ni sufrir desaires, pasó a Barcelona, juntó una armada de veinte galeas y se dió a la veía para Nápoles con objeto de visitar aquellos Estados y traer consigo al Gran Capitán. Recelaba de la conducta de éste, porque le habían dicho que nunca le saldría a esperar ni podría verle sino en tierra y muy bien escoltado por los suyos. Mas cuando llegó cerca de Génova le salió a recibir Gonzalo con tres embarcaciones, muy empavesadas y adornadas y muy acompañado de grandes y señores. Se dirigió a la galea del Rey, atracó a su costado y subió a ella con gran alegría y confianza, burlando así los siniestros augurios de los maldicientes y favoritos. Se dirigió con prontitud a la presencia de su Monarca, se hincó de rodillas ante él y le fué a tomar las manos para be-

sárselas. Don Fernando, al ver tan confiada actitud y tan rendida obediencia, no pudo reprimir su alegría y satisfacción. Le echó los brazos al cuello, le besó cariñosamente en el rostro y le dijo :

—Ahora me cumple Dios uno de mis más grandes deseos, que era el de ver a vuestra persona. Si os hubiese de pagar lo mucho que os debo, habría de ser señor de todo el mundo, no sólo por lo que habéis hecho en nuestros reinos y señoríos y por lo que los habéis acrecentado, sino por la mucha honra y fama que a España habéis dado, ganando reinos para ella y eterna fama para vos.

—Yo, señor—respondió el Gran Capitán—, soy vuestra hechura, y el sér que tengo a Vuestra Alteza lo debo después de Dios. Las palabras de Vuestra Alteza las tengo por la mayor satisfacción de mis servicios, si algunos son, más que si de todo el mundo me hubierais hecho dueño.

Después se dirigió el Gran Capitán a besar las manos a la Reina ; y lo mismo ella que el Rey estaban lo más alegre y satisfechos del mundo al ver la sinceridad y nobleza de un vasallo que tan humilde y obediente se les

presentaba, contra lo que les habían dicho. Pocos días más tarde se supo la muerte del rey don Felipe, y don Fernando acrecentó su reconocimiento para con el Gran Capitán que así se le había ofrecido aun sabiendo que ya no era Rey de Castilla.

Pasaron a Nápoles, donde el Rey fué acogido con gran pompa y solemnidad, y donde juró los fueros de aquel reino ante los príncipes y señores de él. Gonzalo le acompañaba siempre, ponderaba las hazañas de sus soldados, recomendaba las pretensiones de todos los dignos y, en una palabra, era el favorito del Rey.

Los tesoreros reales, más por odio hacia el héroe que por amor a la justicia, se quejaban incesantemente de las prodigalidades del Gran Capitán e insistían un día y otro en que el Rey le exigiese las cuentas de la administración, haciéndole justificar el empleo de las sumas que de España le habían enviado para las guerras y la inversión de las contribuciones de Nápoles. Tanto insistieron sobre esto, que don Fernando condescendió para que así se hiciese.

Con la solemnidad correspondiente a los

grandes funcionarios, se presentaron un día ante el Gran Capitán y le entregaron los libros de cuentas. Gonzalo, al pronto, estuvo a punto de enojarse ; mas quedó inmóvil unos momentos, y apenas se dominó a sí mismo, les contestó con irónica sonrisa :

—Mucho me agrada la escrupulosidad con que veláis por los intereses del Reino, y la exactitud con que cumplís vuestra misión. Aquí están vuestros recibos y gastos ; mañana podéis reuniros todos bajo la presidencia de nuestro Rey, y allá acudiré yo con mis gastos y recibos ; y habéis de saber que si en alguna cantidad os alcanzo la pagaréis íntegra, como deuda que es de la corona real.

Los murmuradores se retiraron entre satisfechos y recelosos ; y los capitanes que a Gonzalo asistían quedaron espantados de la paciencia de éste. Luis de Herrera no pudo contener su indignación, y exclamó :

—¡ Mi capitán, eso es insufrible ! sólo esperaba una frase o una seña vuestra para arrojarlos por el balcón.

—Merecen respeto, porque son funcionarios públicos—dijo Gonzalo—. Dejémoslos

ahora ir tranquilos. Mañana acudid algunos de vosotros a la asamblea.

—¿Armados?—preguntó Paredes.

—No; para confundirlos a todos, yo llevaré dos armas: la ironía y la tranquilidad de conciencia—respondió el jefe con solemnidad.

Al siguiente día se presentó Gonzalo ante sus acusadores, presididos por el Rey, y mostrando un pequeño libro de memorias, dijo:

—Señores, como vasallo sumiso y súbdito obediente, aquí me presento a rendir cuentas exactas del empleo que hice de las cuantiosas sumas que tan incesante y generosamente se me enviaron para mis campañas.

El Rey y los acusadores que tan escasos medios habían proporcionado al Gran Capitán, se sonrojaron, bajaron la cabeza y desde aquel mismo punto hubieran querido ya retirarse. Gonzalo empezó entonces a leer las fantásticas cuentas siguientes:

«—Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas.

»Cien millones en palas, picos y azadones.

»Cien mil ducados en pólvora y balas.

»Diez mil ducados en guantes perfumados, para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres enemigos, tendidos en el campo de batalla.

»Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruídas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

»Cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas en día de combate.

»Millón y medio de ídem para mantener prisioneros y heridos.

»Un millón de misas de gracias y *Te-Deum* al Todopoderoso.

»Tres millones en sufragios por los muertos.

»Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.

»Y cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el Rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.»

Al terminar Gonzalo su lectura, no hubo autoridad que pudiese contener las carcaja-



...le asió de los cabellos y le dió de bofetadas...



das de Herrera, Coello, Paredes, Navarro y otros oficiales. Esta lectura «puso gran silencio en los tesoreros, y en el Rey muy grande afrenta y a todos muy grande ocasión para reir y burlar del negocio». Don Fernando se levantó y dijo, saliendo de allí malhumorado :

—¡Nadie me vuelva a hablar más de este asunto !

Por la tarde se hallaba Gonzalo riendo sus cuentas en la plaza de Castelnovo con algunos amigos, cuando acertó a cruzar por allí aquel Pinelo que le traicionó en la Corte. Pasaba sin hacer acatamiento alguno y tan arrogante que todos se fijaron en él. Gonzalo, aunque sufrido, no creyó oportuno tolerar en público aquella afrenta, y le dijo :

—Venid acá, Juan Bautista. ¿Solíais vos pasar delante de mí con tanto desacato ?

Y sin aguardar respuesta le asió de los cabellos y le dió de bofetadas hasta llenarle la boca de sangre y hacérsela echar por narices y oídos.

Paredes quiso matarlo, mas el Gran Capitán se interpuso, diciendo :

—Perdonad la vida a ese traidor.

El Juan Bautista, así como estaba, corrió ante el Rey de cuya presencia venía. Gonzalo dijo a Herrera unas palabras al oído, y marchó tras Pinelo, a quien alcanzó ya diciendo a don Fernando :

—Vea Vuestra Alteza lo que el Gran Capitán me ha hecho por lo que a Vuestra Alteza serví.

—Yo lo hice y está muy bien hecho—dijo con energía el Gran Capitán—y aunque este bellaco merecía un castigo más grande, no se lo quise dar por amor a Vuestra Alteza.

—¡Que maten a ese traidor y mentiroso! —ordenó el Rey, dirigiéndose al abofeteado, el cual huyó de allí sin volver la cara.

El Gran Capitán, después de agradecer a don Fernando su conducta, bajó a la plaza donde se encontró con dos mil hombres de guerra que, por lo que pudiera suceder, le habían prevenido sus capitanes.

Seguía el Rey siempre muy afectuoso con Gonzalo, acompañándose de él y gozándose de que todos y en todos los sitios le estimasen en tanto ; pero insistía para traerlo consigo a España. El Gran Capitán, que sentía hondamente dejar su teatro de glorias y hazañas y

que sabía la volubilidad y envidia de los palaciegos, se resistía a volver alegando, entre otras razones, que aquí no tenía Estado alguno. El Rey, disimulando sus verdaderos propósitos le dijo :

—Duque—así le llamaba siempre—yo os quiero llevar a España para evitar contradicciones en la gobernación.

Gonzalo tuvo que avenirse a los deseos de su Monarca y transmitió las órdenes oportunas a su esposa, la duquesa de Sesa, y a sus hijas que allí con él moraban en un palacio más espléndido que el del mismo Rey.

Sucedió por entonces que en uno de los castillos próximos hubo una gran refriega entre los señores y la servidumbre. Como era de noche, el público se alborotó y no sabía a qué atenerse.

—Duque, id a ver qué es eso—ordenó el Rey.

El Gran Capitán salió a caballo, y con su autoridad y prestigio sosegó a los alborotadores.

Mas había en la flota del puerto mil quinientos vizcaínos que para enterarse de lo que sucedía, lo preguntaron a voces desde las

naves. Un chusco o un mal intencionado les respondió desde tierra :

—La cuestión es porque el Rey ha preso al Gran Capitán, y la gente de guerra lo quiere sacar de la prisión, que lo tiene el Rey en Castelnovo.

Los vizcaínos, alborotados e irritados, cogieron sus armas y salieron hacia Castelnovo, gritando :

—¡Mal viaje hagas, rey don Fernando, que prendiste al mejor hombre del mundo!

Llegaron a la fortaleza, dispuestos a asaltarla, y mientras se entendían y no se entendían con los guardianes para cerciorarse de lo que les habían dicho, llegó allí el Gran Capitán con lo que deshizo el embuste y todos le vitorearon con delirio.

El Rey y su cortejo, por éste y otros parecidos actos, comprendieron el mucho prestigio del Gran Capitán y no dejaron de reír y celebrar las palabras : «¡Mal viaje hagas, rey don Fernando!»

Cuando se hubieron ultimado los negocios de Nápoles y se decidió la vuelta a España, el Gran Capitán mandó aparejar una muy buena galera entoldada con brocados y sedas y

con un león rampante en la proa ; en esta galera salió el Rey con otras diez y seis velas muy bien aderezadas así de capitanes y caballeros como de lo necesario para un cómodo viaje. Gonzalo dejó para él tres galeas y salió detrás, porque quiso satisfacer enteramente todos sus créditos, ordenando que sus amigos hiciesen lo mismo y dando él de lo suyo a los que se veían alcanzados. Salió de Nápoles con una magnificencia y lujo superiores al del Monarca ; toda la ciudad acudió a despedirle con grandes muestras de amor y ternura, como si al salir él faltaran de una vez toda la seguridad y el ornato de Nápoles.

Don Fernando llegó a Saona para entrevistarse allí con el rey de Francia y negociar asuntos políticos. Cuando el héroe español se presentó ante ambos, dijo el de España al de Francia :

—Veis ahí al Gran Capitán—ésta fué la primera vez que así le nombró.

Gonzalo se quitó el bonete, hincó la rodilla en tierra y fué a besar la mano al de Francia, que le dijo :

—Gran Capitán, dejad algo en que os podamos vencer.

Le mandó cubrirse, le abrazó y le besó en la mejilla, y tan prendado quedó de sus razonamientos y de su porte que desde entonces no sabía separarse de él.

De allí a tres días convidó el rey de Francia a una cena a don Fernando. Mandó el francés al Gran Capitán que se sentase con ellos; mas éste rehusaba hacerlo.

—Mande vuestra señoría al Gran Capitán que se siente—dijo al de España el Rey de Francia—, que quien a reyes vence con reyes merece sentarse.

—Sentaos, Gran Capitán, pues que su señoría lo manda—ordenó don Fernando.

Aquellos fueron los mejores días de gloria para Gonzalo; franceses y españoles se disputaban su compañía; ninguno se cansaba de admirar su discreción ni de ponderar sus virtudes, en especial su generosidad, su constancia y su valor. El mismo rey don Luis se quitó del cuello una riquísima cadena y se la puso con sus propias manos al Gran Capitán.

El Rey Católico se hizo a la vela para Es-

pañía y desembarcó en Valencia, acude le siguió unos días más tarde su capitán, que se retrasó por atender a su esposa que venía delicada. Después que Gonzalo descansó unos días en la ciudad del Turia se dirigió a Burgos donde le esperaban el Rey y su Corte.

Fué aquella una pomposa marcha triunfal. El séquito del héroe era numeroso y distinguido y estaba lujosamente ataviado. Una muchedumbre de amigos, parientes y curiosos acudía a contemplarle y a seguirle. Los oficiales y soldados veteranos, así de España como de Italia que con él se habían coronado de gloria, ostentaban valiosas y lucientes armaduras, se adornaban con seda, púrpura y exquisitas pieles, deslumbraban con sus cadenas de oro, sus joyas y las ricas monturas de sus caballos. Tan magnífica comitiva entusiasmaba a los pueblos de tránsito, que salían en masa a vitorear y aplaudir a los vencedores de italianos, turcos y franceses.

Allí marchaban junto al Gran Capitán, ostentando su lujo y bizarría, Mendoza, Medina, Paredes, Navarro, Andrada, Carvajal, Zamudio, Pedro y Carlos de Paz, Diego de Vera, Hernán Suárez, Espés, etc.

Apenas avisaron al Rey de que se hallaban a las puertas de Burgos, mandó que los saliesen a recibir «todos los grandes señores y caballeros, el estado eclesiástico y los comendadores de Santiago, Calatrava y Alcántara».

Cuando llegaron a palacio fueron a besar las manos al Rey, seguidos del Gran Capitán, que se presentó el último.

—Veo, duque—le dijo el Monarca—que pagas muy bien a tus soldados lo que les debías dándoles en la paz la precedencia en cambio de las veces que para vos la tomasteis en las batallas.

Aquellos días se celebraron grandes festejos en Burgos; y Gonzalo y sus valientes eran los ídolos de la ciudad y de la Corte, sobresaliendo en todas partes por su gallardía, su generosidad y su lujo, por lo que, con mucha gracia y donaire, llegó a decir don Juan Téllez Girón, conde de Ureña:

—Nave tan cargada y tan pomposa como la de Gonzalo, necesita mucho fondo para no encallar en los peligrosos bajos de la Corte.

## CONCLUSION



Poco tiempo disfrutó el Gran Capitán de los halagos de la Corte. La envidia de los nobles y la ingratitud del Rey llenaron su alma de amargura. Se le negó el Maestrazgo de Santiago que se le había prometido, se le aisló de los Consejos y se le desairó cuantas veces pretendió alguna cosa. Todos sus compañeros sufrían al verle en tal postergación, aunque él sabía sufrir resignado y silencioso. García de Paredes no pudo ya tolerar que hasta en la misma antecámara regia se murmurase de su ídolo, por lo que un día entró allá, y delante de todos los nobles que allí esperaban al Rey, dijo con voz recia

y firme, para que lo oyera el mismo don Fernando :

—He sido informado que en esta sala hay dos personas que han dicho mal del Gran Capitán. Yo digo así : Que si hubiere persona que afirme o diga que el Gran Capitán, mi señor, ha jamás dicho ni hecho ni le ha pasado por el pensamiento de hacer cosa en deservicio del Rey, que me batiré de mi persona a la suya, y si fueran dos o tres hasta cuatro, a la vez o uno tras otro a su elección, me batiré con todos.

Dicho esto, puso un guante sobre la mesa que allí estaba y esperó la respuesta con aire marcial y fiero continente. Todos callaron. Poco después salió don Fernando, tomó el guante, se lo devolvió al retador y le dijo :

—Bien sé yo, señor Diego García, que donde estuvierais vos y el Gran Capitán, vuestro señor, tendré yo seguras las espaldas. Tomad vuestro guante, pues habéis hecho lo que cumple a los amigos de vuestra calidad.

A pesar de esta conducta, siguió el Rey tratando con indiferencia y desvío al Gran Capitán, por lo que éste se vió precisado

retirarse a Loja, donde siguió siendo el blanco de la envidia y de la murmuración.

Tantos reveses doblegaron, por fin, su espíritu y rindieron su cuerpo con unas pertinaces calenturas que le pronosticaban el fin de sus días. Otorgó entonces muy cristiano testamento, «con grandes mandas y limosnas, allende de las hechas, con más cincuenta mil misas que le dijese en aquellos monasterios e iglesias que más necesidad tenían».

Con la esperanza de restablecerse, variando de residencia, pasó a Granada y allí murió como fervoroso cristiano el 2 de diciembre de 1515, a los sesenta y dos años de edad.

Todo el clero y el pueblo y todos los nobles de Granada asistieron a sus funerales y a los nueve días de honras que se celebraron en la iglesia de San Francisco, donde se enterró. La muerte de tan gran hombre fué profunda y generalmente sentida en toda España, y el mismo Rey no pudo menos de pagar tributo a su memoria, vistiendo de luto él y toda su Corte, mandando celebrar exequias en todo el reino y enviando una muy afectuosa carta a la duquesa viuda.

Doscientos estandartes y banderas, dos

pendones, reales y las insignias que a los turcos ganó en Cefalonia adornaban el título del Gran Capitán y recordaban a los concurrentes sus triunfos y sus glorias.

«Florecieron en este clarísimo varón la razón, la templanza y el juicio. Fué el primer capitán cristiano que juntó la disciplina militar con la piedad cristiana ; de donde no se deben admirar los envidiosos y maldicientes si con santas y católicas costumbres, principalmente con la castidad que siempre guardó al yugo del matrimonio, Dios Nuestro Señor le ayudó a vencer y permitió que jamás fuese herido, aunque era el que más se ponía a los peligros, así de artillería como de todas las armas. Decía Paredes que, viéndole entre los enemigos, muerto o herido no podía escapar ; y nunca fué herido ni preso ni sufrió otro desastre de los que en las guerras suelen acontecer.»

«En las cuestiones—escribe Hernán Pérez del Pulgar—era terrible y de voz furiosa y recia fuerza ; en la paz doméstico y benigno ; el andar tenía templado y modesto ; su habla fué clara y sosegada ; la calva no le quitaba

continuo quitar el bonete a los que le hablaban. No le vencía el sueño ni la hambre en la guerra, y en ella se ponía a las hazañas y trabajos que la necesidad requería.»

**FIN**

